15

El Führer siempre tiene razón

Ya en el umbral del totalitarismo, Krupp vaciló brevemente. Al dirigirse a la capital la semana anterior a la aprobación del acta, se presentó en sus oficinas de Berlín, donde Fritz von Bülow había sucedido a su padre. Sobre la puerta, la esvástica ondeaba amenazadora, izada en un nuevo mástil. Gustav preguntó qué había ocurrido con la bandera alemana. El joven Bülow declaró nerviosamente que también estaba allí. Había dos mástiles. Esa era la nueva costumbre en la capital, manifestó señalando los dos estandartes que se hallaban en la fachada de la sucursal del Banco de Dresde, en el edificio contiguo. Krupp asintió pensativamente. No terminaba de acostumbrarse a todo aquello. Por las calles, los nazis y su creciente legión de adeptos se saludaban entre sí alzando rígidamente el brazo; era el *Hitlergruss*, el saludo de Hitler. Gustav dio entonces cuidadosas instrucciones a su chofer de Berlín, Karl Stahl. Cuando Krupp llegase de una reunión, Stahl debía mirarle los guantes; si su patrono los llevaba en la mano derecha, Stahl debía dar un taconazo y tocarse la visera, según el antiguo saludo prusiano. Si los guantes estaban en la mano izquierda, en cambio, el chofer alzaría el brazo y ambos intercambiarían el *Hitlergruss* (1).

Luego capituló el Reichstag, y Krupp ya no tuvo reparos. De la noche a la mañana saludaba alzando el brazo a todo el que se le ponía por delante. Veinticuatro horas después de producirse lo del acta aprobatoria, envió al canciller una nota manifestándole que él y sus colegas industriales estaban de acuerdo en que Alemania tenía ahora «una base para un Gobierno estable. Las dificultades que surgieron en el pasado como consecuencia de las constantes fluctuaciones políticas, y que obstruyeron la iniciativa económica en tan alto grado, habían sido eliminadas». El respaldo de sus colegas era ficticio, ya que el Reichsverband no se había reunido. Pero eso a los nazis no les importaba; era el tipo de lenguaje que ellos comprendían. Hitler, complacido, recibió a Gustav en la cancillería del Reich el sábado primero de abril. Tres días más tarde Krupp le escribió desde el despacho del Reichsverband, en Berlín. Su misiva decía así:

«*Sehr geehrter Herr Reichskanzler!*

»Deseo expresarle mi gratitud por la audiencia que me concedió el sábado, a pesar de las muchas ocupaciones que tiene en estos

días. Agradecí esa oportunidad tanto más cuanto que ahora me doy cuenta de los nuevos e importantes problemas que, como usted comprenderá, me veré precisado a solventar en mi calidad de presidente de la Federación Industrial Alemana del Reich, siempre que goce del apoyo del Gobierno del Reich, y en particular, de la confianza de usted [*und insbesondere Ihres Vertrauens mir gegenüber...*]» (2).

Estas veladas alusiones a problemas trascendentales se hicieron más claras el 25 de abril, cuando Gustav escribió a Hitler acerca de su «deseo de coordinar la producción en beneficio de la nación entera..., adoptando el concepto de jefatura *(Führerprinzip)*, del nuevo Estado alemán. Agregó que se llevaría a cabo una reorganización de la sociedad de fabricantes «a tenor de los deseos y planes que he madurado y expresado desde que asumí la presidencia de la industria alemana». Su meta, seguía diciendo, era «coordinar los hechos económicos de nuestra existencia con las necesidades políticas, y además, hacer que la nueva organización estuviera en un todo de acuerdo con las directrices políticas del nuevo Gobierno del Reich» *(die neue Organisation in volle Übereinstimmung mit den politischen Zielen der Reichsregierung zu bringen)* (3).

En resumen, que las fábricas, a semejanza de la nación, necesitaban un dictador. Y evidentemente, el nombre de ese dictador debía ser Krupp.

No puede precisarse si esta idea nació en la cancillería o en Villa Hügel, pero probablemente tuvo su origen en Hitler. Gustav era demasiado tradicionalista como para sugerir espectaculares rompimientos con el pasado, y sus ambiciones se limitaban a la dinastía familiar, no habiendo demostrado nunca interés alguno por dominar a sus colegas industriales. Era el canciller quien saldría ganando al utilizar el nombre de Krupp para institucionalizar la alianza entre los grandes negociantes y el nacionalsocialismo.

Una vez dicho esto, debemos agregar que Hitler no pudo encontrar un prestamista más voluntarioso que Gustav. En una segunda conferencia celebrada el 28 de abril los dos hombres concretaron más detalles del acuerdo, y los periódicos del 4 de mayo dieron un comunicado oficial anunciando que Krupp era ya Führer de la industria alemana. Su primer acto fue expulsar a los judíos del Reichsverband, que entonces quedó convertido en el Reichsgruppe Industrie, de carácter semioficial. El 22 de mayo, Gustav ordenó a los miembros de su directorio que renunciasen y que dejaran de celebrar reuniones entre ellos. Ahora descubrían éstos que al respaldar el fin de las elecciones políticas habían liquidado su propia independencia (4).

A pesar de todo, no se alzaron voces de protesta. Los judíos se retiraron en silencio —ese prolongado y trágico silencio que pareció su mejor virtud en aquel momento, y que más tarde resultó trágico para ellos—. Mientras tanto, los demás industriales aguardaron a que Hitler cumpliera la promesa hecha el 20 de febrero. Esa fue una de las cosas que Hitler no olvidó. El 2 de mayo miembros de las tropas de asalto invadieron todas las oficinas de los sindicatos, se apoderaron de sus cajas y condujeron a los dirigentes, como rebaños, hasta unos campos de concentración.

Hitler puso fuera de la ley las reuniones colectivas, luego prohibió el SPD (y cualquier otro partido que no fuera el suyo). Robert Ley, jefe del frente laboral nacionalsocialista, declaró que el nuevo Gobierno pretendía «restituir el mando absoluto al jefe natural de la fábrica, es decir, al patrono de la misma. Muchos empleados tuvieron que considerar a otros como propietarios. Ahora eran ellos de nuevo "los amos de la

casa"» (5). *Der Herr im eigenen Haus,* una vez más Essen oía aquellas familiares palabras. Cuarenta y seis años después de la muerte de Alfred el Grande, sus ansias por el surgimiento de un dirigente contrarrevolucionario, respaldado por «columnas volantes», de jóvenes, habían sido atendidas como él lo deseaba.

Gustav había previsto que iba a ser así. El mes anterior se convirtió en el principal patrocinador del nacionalsocialismo, y solicitó contribuciones para el partido, de sus colegas los barones del Ruhr, diciéndoles que «quien ayuda pronto ayuda dos veces». Ocho días después de que los camisas pardas destrozaron el sindicalismo alemán, estableció un plan, según un agente de Du Pont describe en un informe fechado el 17 de julio, por el cual «la industria contribuiría a los fondos para la organización del partido» (*). Este era el *Hitler Spende,* el Fondo de Hitler. Su propósito, según Krupp escribió a Schacht, era presentar una muestra de gratitud al líder de la nación. Su fin práctico, como queda revelado por una orden escrita de Rudolf Hess, hallada doce años más tarde en el archivo del secretario privado de Gustav, era doble. En primer lugar se apoyaba «a las SA y SS, a la Juventud Hitleriana, a las organizaciones políticas...». El segundo propósito consistía en liberar a los negociantes de las molestias ocasionadas por los matones del partido. En caso de que las tropas de asalto se introdujeran hasta las oficinas de los contribuyentes, escribió Hess, «los donantes se identificarán con un certificado que llevará mi firma y el sello del partido». El dinero *spende,* en resumen, era como el pago de una protección (6).

Año tras año, hasta que fue sucedido por su hijo mayor, Gustav presidió este instrumento de chantaje sistemático. Dicho fondo se convirtió en la mayor fuente privada de ingreso para los nazis. Sólo Krupp puso seis millones de marcos en él, además de seis millones para otras causas nacionalsocialistas. Y cuanto más daba, mejor se sentía. Después de una pródiga entrega de dinero (100.000 RM), escribió lo siguiente:

«*Auf dem Hügel,*
Essen-Hügel, 2 Januar 1936

An den Führer und Reichskanzler
Herr Adolf Hitler
Berlin W 8
Wilhelmstr. 78

Mein Führer,

»Con referencia a mi carta del pasado primero de noviembre, declaro mi voluntad de seguir siendo jefe de la Junta del Adolf Hitler Spende de la industria alemana, durante su cuarto año, de conformidad con los deseos expresados en su carta del 31 de octubre último.

»Permítame que aproveche esta oportunidad, mi Führer, para expresarle mis más sinceros deseos para el año 1936, en que continúen los preparativos para sus planes a largo plazo, y la confianza de que este cuarto año de desarrollo, sitúe esta primera parte de su programa mucho más cerca de su realización de lo que podía haberse esperado hace tres años. Es para mí motivo de profunda

(*) Los archivos de Du Pont se hicieron públicos durante las sesiones electorales (Nye) de 1934. La firma norteamericana no estaba relacionada en forma alguna, desde luego, con las actividades políticas de los capitalistas alemanes; sus representantes europeos estaban recogiendo, sencillamente, informes acerca de sus competidores.

satisfacción el haber podido servir a usted de un modo modesto durante este tiempo [*dass ich Ihnen während dieser Zeit auf eine bescheidene Weise dienen durfte*].

Con el saludo alemán,
Su obediente servidor,
Firmado: Dr. Krupp von Bohlen und Halbach.» (7).

Hay algo que aterra y fascina en la correspondencia de Krupp a Hitler, en esa época, ya que en ella se percibe una deliberada voluntad de perder la identidad. A comienzos de 1933, Gustav era responsable de un tradicional establecimiento industrial. Al cabo de cinco años se convertiría en poco menos que un siervo. Y esta pérdida de personalidad no se produjo con dolor. Por el contrario, se complacía en ello con una evidente fruición. El cambio se hace evidente en la firma de sus cartas. Las primeras misivas a la cancillería eran corteses saludos entre iguales. Krupp solía poner *«mit vorsüglichster Hochachtung»* (muy respetuosamente suyo). Luego firmó con el más vehemente y sumiso *«mit deutschen Gruss»* (saludo alemán). Por fin abdicó enteramente, concluyendo las cartas con un *«Heil Hitler!»*. Había una palabra para esta clase de transformación durante esos años. Era *Gleichschaltung*, conformidad, o bien colaboración. Nadie era más *gleichgeschaltet* que Gustav. En abril de 1933 recomendó a los miembros de su Vorstand que se uniesen al partido. En agosto el saludo nazi se hizo obligatorio en las fábricas de Krupp, y los obreros que no saludaban así eran despedidos. Ese invierno Gustav se contó entre los firmantes de una petición al presidente Hindenburg por la que solicitaban al antiguo mariscal que dejase su cargo para que Hitler pudiera ser a la vez canciller y presidente. Ya los peticionarios llamaban a su dirigente por su nuevo título: «el Führer nos ha pedido de nuevo que permanezcamos a su lado fielmente... Ninguno de nosotros faltará cuando llegue el momento de testimoniarlo». Hindenburg no aceptó, pero daba lo mismo. Cuando murió en el siguiente mes de agosto, el cabo que una vez había despreciado, y del que desconfió hasta el final, se adueñó del poder, de todas formas. Esto era claramente ilegal. El acta de concesión había colocado la presidencia fuera de su alcance, pero la ley se había convertido en una farsa en Alemania, por aquellos días, y Krupp omitió el flagrante abuso de Hitler con un lema nazi: *«Wo gehobelt wird, da fallen Späne»* (Donde hay cepillado, caen virutas.) (8).

El orden había sido sustituido por el Nuevo Orden, *Neuordnung*. La adhesión de Gustav al *Neuordnung* era total; se negó a escuchar una sola palabra que fuera contra eso. Durante varios años se había reunido con un grupo llamado el Ruhrlade, formado por lo más selecto de los «barones de chimeneas». Una noche, Karl Bosch, de la I. G. Farben, habló de la corrupción del nuevo Gobierno. Krupp se puso en pie, acusó a Bosch de insultar al Führer, declaró que nunca asistiría a otra sesión del Ruhrlade, y se marchó del lugar, lo que acabó con la asociación, que careció de objeto sin él (9). Por todo Essen podían verse enormes retratos del Führer. Colgaban en Villa Hügel, en el Essener Hof y en todas las oficinas del edificio principal de la administración. Hasta en la época de Alfred Krupp había en la ciudad mayor libertad de expresión. El Hauptverwaltungsgebäude se hallaba unido por teléfono al cuartel general de la Gestapo, en Kortestrasse, once manzanas más lejos, y todos los socialdemócratas o trabajadores a los que se oía criticar al régimen eran enviados allí para someterles a interrogatorio.

Afortunadamente para la tranquilidad doméstica, los miembros de la familia Krupp quedaban excluidos de esto. Tilo von Wilmowsky se unió al partido por razones que no están bien claras. Más tarde dijo que espe-

raba reformarlo desde dentro, «a fin de evitar que ocurriera algo peor» *(um Schlimmeres zu verhüten)*. Su comportamiento posterior sugiere que durante un tiempo fue un nazi más ardiente de lo que él admitió después, pero no era de la misma clase que su cuñado, evidentemente. Según decía el barón, «dentro de la familia se podía hablar francamente sin peligro, pero no ocurría así cuando Gustav se hallaba a nuestro lado. Una vez, estando en Villa Hügel, hice una leve crítica acerca de los hombres que rodeaban a Hitler. Gustav me dijo que no volviera a hablar jamás de aquel modo mientras estuviera en su casa». De todos modos, Krupp no podía amenazar a Bertha en ese sentido, ya que tanto el castillo como el negocio eran propiedad de ella. Pero si se comportaba deslealmente, podía privarla del placer de su compañía, y así lo hizo. Cuando Gustav ordenó arriar las banderas imperiales alemanas de los mástiles de Villa Hügel, e izar la enseña nazi en su lugar, Bertha observó el acto con aire de disgusto, dio media vuelta y entró en la casa. Luego dijo a su doncella, fräulein Achenbach, llena de amargura: *«Gehen Sie in den Park, und sehen Sie, wie tief wir gesunken sind»* (Vaya al parque y compruebe lo bajo que hemos caído.) Su marido, que la había seguido, le dijo por encima del hombro: *«Der Führer hat immer recht!»* (¡El Führer siempre tiene razón!) (10).

La familia y los amigos de Gustav especulaban acerca de esta actitud. Algunos dijeron que Krupp sólo obraba así debido a su rectitud. Siempre había sido de carácter austero, y quince años de incertidumbre y desorden le habían puesto duramente a prueba. Otros consideraban que como no había nacido con la posición de Bertha o de Tilo, y ni siquiera el decreto de Guillermo hizo de él un verdadero Krupp, en consecuencia carecía de seguridad, lo que trataba de compensar de otro modo. Para Hermann Bücher, de la Allgemeine Elektrizitätsgesellschaft, su colega de industria había traicionado al Reichsverband: «En tiempos normales fue un presidente notable. Sin embargo, fue incapaz de sortear la situación que se produciría en el período 1932-33... Se mostró impotente para librarse de un *Obrigkeitsstaat* [Estado en el que la autoridad del Gobierno es todopoderosa].» (11).

En realidad, Gustav consideraba que al obrar como lo hacía estaba protegiendo la fortuna y la tradición de la Casa Krupp. Trataba de hacer lo que el abuelo de su mujer hubiera hecho, y juzgado desde este punto de vista no puede culpársele. Alfred ya fue un profeta del Tercer Reich cuando el Segundo Reich estaba aún en pañales. Hubiera sido el primero en apoyar a un dirigente nacional que fuera a un tiempo un rompehuelgas y un enemigo jurado del SPD, y no habría vacilado en solicitar su ayuda. Los negociantes alemanes nunca prestaron demasiada atención al sistema de la libre empresa. A semejanza del primer Kanonenkönig, que había solicitado favores oficiales de su soberano, los titanes de la industria del Reich consideraban a Berlín como un aliado, y estaban impacientes por identificarse con un régimen autoritario. La historia de la Casa de los Krupp apoyaba elocuentemente el argumento de que unos lazos más estrechos entre Essen y los gobernantes del país aportarían mayor gloria a la nación y más prosperidad a los Krupp. Desde la primera visita de Guillermo I a la Gusstahlfabrik, en el otoño de 1918, la alianza había visto a Alemania y a la industria germana alzarse desde un nivel insignificante hasta la preeminencia continental. Si habían caído, de ello se debía culpar a los criminales de noviembre. Para alzarse de nuevo, debería estrecharse de nuevo el vínculo. De acuerdo con esta interpretación, era Bertha, y no Gustav, quien quería traicionar a la dinastía. *Der Grosse Krupp* se hubiera avergonzado de su descendencia.

En cambio habría sentido orgullo de su nieto político, cuando un

Führerbefehl (decreto de Hitler) nombró en la primavera de 1943 a Gustav *Führer der Wirtschaft* (dirigente de la economía) *«alter kruppscher Tradition entsprechend»* (de acuerdo con la antigua tradición de Krupp) (12). Y el espectro del genio medio loco se hubiera llenado de júbilo cuando Hitler decidió visitar los talleres dos meses más tarde.

El motivo de la presencia del Führer en Essen, durante los días 28 y 29 de junio nunca ha llegado a explicarse debidamente. Cierto es que la época era singular. La razón que se dio entonces, que iba a asistir a la boda de Josef Terboven, el *Gauleiter* (dirigente de distrito) nazi de Renania del Norte y Westfalia, resultaba absurda. Krupp era más importante que un centenar de Terboven. En ese momento de la historia del Tercer Reich, aún había algunas discrepancias, y el casamiento del *Gauleiter* pudo haber sido la excusa para que el dictador visitara su *Waffenschmiede*. También existe otra posibilidad más siniestra. Krupp se había convertido en un foco de controversias debido a que era un potentado. El partido nazi había comenzado como partido de los trabajadores alemanes *(Deutsche Arbeiterpartei)*. Pero Hitler no entendía demasiado de economía, y comprendió algo más cuando el nombre de su partido se abrevió apreciablemente (13).

Después de la separación de Hugenberg, quien como antiguo director de Krupp había sido considerado como el representante de Gustav en el nuevo Gobierno, los Schlotbarone iniciaron una dura crítica del Ministerio de Economía. A lo largo del primer año en el poder, el partido nacionalsocialista había constituido un inestable maridaje entre nacionalistas y socialistas de la clase media opuestos al capitalismo. Ahora, en la segunda primavera, la separación era inminente. Los nazis estaban al borde de la guerra civil; un bando de matones contra otro bando. La ideología racista, imperialista y oligárquica de Hitler se veía amenazada por una rebelión de los socialistas del partido. La crisis era grave, y el grito de «una segunda revolución» fue lanzado por Ernst Röhm, jefe de las SA, cuyos dos millones y medio de guardias de asalto habían empujado al canciller hasta su puesto.

El 4 de junio cuatro miembros de las SA, por orden expresa de Röhm, se presentaron en Altendorferstrasse y entraron a la fuerza por la puerta número 28. El que los mandaba, *Chef des politischen Amts der obersten SA-Führung von Detten* —jefe del Despacho Político del Cuartel General Supremo de los Destacamentos de Asalto—, ordenó detener el trabajo en la Gusstahlfabrik y pronunció un discurso preconizando la *«zweite Revolution»*. Krupp se quejó a Hitler, y el Führer reflexionó sombríamente. Si Röhm dejaba sueltos a sus matarifes, las consecuencias serían catastróficas. En consecuencia el Führer decidió actuar el primero, a las doce horas de haber conferenciado con Krupp. Si durante esa entrevista no dio indicio alguno a Gustav acerca de el inminente baño de sangre que preparaba, ese silencio resulta sorprendente, ya que Krupp era una figura fundamental en la nueva estructura del poder, donde representaba tanto a la industria pesada como a los vínculos militares. No hay señal alguna sobre esto, pero la lógica indica que el canciller nazi, como antes lo hiciera el Canciller de Hierro, es posible que hubiera confiado sus intenciones al armero del Reich (14).

Hitler no fue recibido en Villa Hügel, pues Bertha no lo hubiera consentido. En primer lugar, la esposa de Gustav se hallaba disgustada, ya que la familia estaba confinada en el ala de la mansión de sólo sesenta habitaciones, y Bertha se negaba a que un político plebeyo viese humillada a la orgullosa dinastía. Poco antes de la visita de Hitler al Ruhr, ese motivo de disgusto de Bertha ya había desaparecido, y aunque se trasladó a la colina con tanta frecuencia como Guillermo lo hiciera

anteriormente, el Führer nunca pasó una sola noche en las habitaciones del kaiser. Después de la merienda o la cena en el gran salón de banquetes del castillo, se dirigía a casa de un viejo amigo que tenía en la cercana Mülheim. La desaprobación de Bertha no era de índole política; sencillamente, no podía soportar que un hombre de baja extracción estuviera ocupando el alto lugar de su venerado kaiser. En aquella primera visita de Hitler, cuando sus ideas conservadoras se hallaban aún en entredicho, ni siquiera le invitaron a merendar.

El Führer y su séquito permanecieron en el Kaiserhof, el único hotel de Essen que no pertenecía a Krupp. Una vez que Terboven y su esposa se marcharon en viaje de novios, el Führer fue recibido en el salón de mármol de la administración central, donde Krupp y el kaiser habían celebrado el centenario de la firma en 1912. Como Bertha pretextara un dolor de cabeza, Gustav eligió como anfitriona a su hija mayor, Irmgard, la cual había cumplido los veintiún años cuatro semanas antes. A esa edad debió de haber sido bonita; pero no lo era, y se enfrentó con un terrible compromiso. Muy tímida, y dándose cuenta de su falta de atractivo, la muchacha se vio en la necesidad de hacer de anfitriona oficial. Irmgard se movió inquieta ante la trabajada puerta de la mansión, sin disimular el nerviosismo que la consumía. Entonces llegó Hitler con sus relucientes botas, cogió el ramo de flores que ella le tendía, sonrió ante la reverencia de la joven, y luego se adelantó para abrazar a Gustav. A los directivos de Krupp, que en medio de jubilosas ovaciones vieron al dirigente de la economía y al jefe de la patria retirarse al despacho privado de Gustav, en aquel soleado viernes, les pareció que se habían esfumado dieciséis años de vergüenza. Todos se mostraron de acuerdo en que ese acto era un espléndido acontecimiento (15).

Pero el verdadero acontecimiento, aunque estremecedor, se produjo en las primeras horas del sábado. Al abandonar el Ruhr, el Führer marchó con su coche hacia el sur y se detuvo en el hotel Godesberg, que administraba uno de sus antiguos camaradas de guerra. En las altas horas de la madrugada, el Führer efectuó su jugada. Los guardias de las SS que deberían hacer la purga de miembros de las SA estaban aguardando tensamente sus órdenes. No bien hubo llegado a Munich, Hitler dio la señal convenida. En aquella tremenda noche de matanza, los derechistas alemanes torturaron y asesinaron a más de cuatrocientos compañeros de partido, incluyendo a Röhm. Fue el *Schreckensherrschaft*, el reino del terror. Un número no establecido de curiosos fue asesinado como simple medida de seguridad, y un sacerdote que no simpatizaba con Hitler recibió tres balazos en el corazón y le arrojaron a un bosque. Otro hombre que había disputado con Hitler once años antes fue muerto con unos picos y abandonado en un pantano próximo a la entonces desconocida población de Dachau. Igualmente, un eminente crítico musical de Munich fue liquidado erróneamente porque tenía el mismo apellido que uno de los dirigentes locales de la SA.

En cualquier país la reacción hubiera sido de ira y espanto —uno puede imaginar lo que habría pasado en Norteamérica, si Franklin Roosevelt hubiese ordenado al FBI que le librase de sus críticos—, pero la actitud alemana fue diferente. Una oleada de admiración conmovió al Reich. Aquél era un hombre que «actuaba». Wernher von Blomberg, el general de más rango del Offizierskorps, felicitó públicamente a Hitler. Lo mismo hizo el Gobierno, el cual aprobó un decreto legalizando aquellas ejecuciones, una vez cometidas. Hasta el mismo Hindenburg agradeció al canciller su «valiente intervención personal». Gustav, por su parte, no dijo nada. Aún hoy, a la simple mención en Essen del Röhmputsch se contesta evasivamente manifestando que como nada de eso

había ocurrido en Alemania hasta entonces, Krupp «se negó a admitir que había sucedido». Pero él sabía lo que pasó, y es posible que lo conociera por anticipado, pues se hallaba entre los principales beneficiarios de la nueva situación, que según la memorable frase del profesor Schweitzer, «se había consolidado con la sangre de las víctimas del asesinato» (16).

Un segundo beneficiario en gran escala era el ejército. Las SA de Röhm estaban tan bien organizadas y disponían de tan elevado número de efectivos que amenazaban con remplazar a las fuerzas armadas en el mismo momento en que éstas se disponían a librarse del yugo del *Diktat* y pretendían convertirse en la maquinaria más poderosa de la historia europea. Para resucitar a la Wehrmacht los militares precisaban del apoyo incondicional de Hitler. Claro está que igualmente necesitaban a Krupp, pero eso se daba por descontado. Los prolongados años de colaboración clandestina habían proporcionado al Offizierskorps y a su armero una meta común. El apoyo de Blomberg al nuevo Gobierno había dado ocasión para que fuera izada la esvástica en Hügel, y el establecimiento de un programa secreto de rearme, el 4 de abril de 1934, por parte de Hitler, aseguró a éste la fidelidad del Estado Mayor general, y del hombre que gobernaba en el Ruhr.

Como esto también significaba el hundimiento de las esperanzas de conseguir un mejor nivel de vida, los sueños de los socialistas de la clase media se esfumaron de improviso. Ellos querían mantequilla, y los nazis de *Mein Kampf* querían cañones. La purga lo había decidido todo, aunque el país no llegó a darse cuenta de la situación debido a que un programa de rearme significaba un aumento de los puestos de trabajo. Tres años después de que el Zentralbüro für deutsche Aurüstung (Oficina Central para el Rearme Alemán) abriera su despacho en el número 9 de Margarethenstrasse, en Berlín, el número de parados descendió en Alemania de seis millones a menos de un millón.

Según órdenes que se telegrafiaron desde Margarethenstrasse a Essen, la antigua Gusstahlfabrik, solamente, aumentó su nómina de 35.000 hombres a 112.000. El Hauptverwaltungsgebäude llegó a ser conocido como *der Ameisenhaufen,* el activo hormiguero. La firma Krupp amplió sus dos polígonos de tiro y destinó 40 millones de reichsmarks a nuevas instalaciones. Gustav confesó ahora ante los supervisores de sus talleres que la línea de productos de paz había sido un disfraz. Manifestó que su único fin era «tener a nuestro personal y nuestros talleres ocupados». Desde aquel momento tendrían más tarea de la que quisieran, por encargo del ejército y la marina. Según recuerda un superviviente de aquellos días, la paz era algo terrible (17).

Aunque esos primeros pasos hacia el *Aufrüstung* eran zancadas de gigante, no obstante pasaron inadvertidos. En la primavera de 1933 el canciller anunció un complicado programa de obras públicas, y Goebbels sacó de esto un notable provecho. Ante los observadores oficiales, Hitler aparecía como preocupado por metas bélicas. Incluso nombró a Carl Goerdeler, alcalde de Königsberg y de Leipzig, y comisario de precios (18). Goerdeler era conocido en el extranjero como partidario de la libre empresa y enemigo declarado del militarismo, y su nombramiento fue apreciado y aplaudido. Pero su posterior renuncia como protesta contra la dirección que tomaba la política nazi fue considerada con apatía. Aunque Goerdeler jugaría un extraño papel en las vidas de Gustav Krupp, Alfried Krupp, y el 20 de julio de 1944, también en la vida de Adolf Hitler, su desaparición pareció tener escasas consecuencias cuando se

consideraba el presupuesto de 5.400 millones de marcos que el Gobierno destinaba a las obras públicas.

La cifra parece enorme, pero no lo es tanto si se tiene en cuenta que el presupuesto de armamento era de 21.000 millones. ¿Cómo podía ocultarse una inversión de semejante naturaleza? La respuesta está en un nombre: Schacht. Su repertorio de ardides era interminable. Krupp y sus colegas industriales no recibían los pagos en marcos, sino en billetes especiales que aceptaba en Berlín el Metallurgische Forschungsgesellschaft G. m. b. H., una compañía títeres en la que estaban representadas cuatro empresas privadas y dos ministerios, los que a su vez se hallaban respaldados por el Tesoro Nacional. Como el Banco Central redescontaba al final esos billetes, todo el mundo recibía su dinero sin que una sola cifra apareciese en los registros. Al mismo tiempo el Führer abolió la jornada de ocho horas, haciendo más baratas las horas extras para los empleadores. Schacht pensaba en todo, y cuando se celebró en Berlín la Olimpíada, se ocupó de que todo el dinero extranjero gastado por los visitantes fuese a parar a Essen. Según escribió a Blomberg en una carta confidencial fechada el 6 de junio de 1936, «el Banco Central tiene los fondos en marcos de los extranjeros, reinvertidos casi exclusivamente en proyectos de rearme. Nuestras armas están financiadas de este modo por los depósitos de nuestros enemigos políticos» (19).

En una serie de reuniones de Gobierno que siguieron a la purga de Röhm, el rearme recibió absoluta prioridad sobre todo otro programa nazi. Era la voluntad de tres grandes bloques, al surgir triunfantes de la matanza: el partido, el ejército y los altos negociantes. Pero la iniciativa partió de Krupp, el único industrial que desafió a Versalles y que estaba dispuesto a iniciar la producción. Ya en marzo de 1933, Gustav, presumiendo que actuaba según el sentir del Reichsverband, había rechazado «cualquier control internacional de armas». En octubre siguiente él y sus lugartenientes del Reichsgruppe Industrie alabaron públicamente la retirada del Führer de la conferencia europea de desarme y de la Liga de las Naciones. En la primavera el canciller del Reich entregó tranquilamente a las fuerzas armadas un cheque en blanco. El Generalstab y el Marineleitung recibieron permiso para elaborar sus propios presupuestos. El Gobierno se encargaría de buscar el dinero necesario. En el transcurso de aquel verano la obsesión de Berlín por las armas subió de tono. El 4 de setiembre el Gobierno pidió a los armeros que encargaran las materias primas que necesitaran del extranjero. Las importaciones de mineral de hierro subieron al 170 por ciento, y la producción de acero de Krupp en la Gusstahlfabrik y Rheinhausen aumentó de un millón y medio de toneladas al año, a cuatro millones (20).

El Gobierno avanzaba a toda prisa, pero no lo suficiente para Gustav, el cual no esperó a los decretos de 1934. Habiendo tomado impulso durante la República de Weimar, aceleró la marcha durante la época de transición. Krupp no tenía contratos, sino tan sólo acuerdos verbales con los militares. Según manifestó el coronel Wilhelm Keitel a un oficial del Margarethenstrasse Zentralbüro, el 22 de mayo de 1933, «los asuntos comunicados verbalmente pueden no ser probados. Podrán ser negados». Trece meses más tarde el Gobierno aún seguía actuando con cautela. El almirante Erich Raeder escribió en su libro de notas: «Instrucciones del Führer: no debe hacerse mención de desplazamientos de 25-26.000 toneladas... El Führer exige completo secreto acerca de la construcción de submarinos» (21).

Gustav comprendió que era necesario mantener bien cerrada la boca; sabía que estaba actuando con la aprobación de Hitler. El canciller había expresado claramente sus puntos de vista en la primera reunión celebrada

en la residencia oficial de Goering, y Krupp dio las órdenes pertinentes en la mañana siguiente: había que preparar los talleres para la producción en masa. El Vorstand actuó con desusada celeridad. Hacia fines de abril, las importaciones de Krupp durante los cuatro primeros meses de 1933 sobrepasaban el total de 1932. La cantidad de existencias creció increíblemente. La chatarra de hierro ascendió de 10.000 toneladas a 83.000; el mineral de hierro, de 35.000 a 208.000; el cobre, de 8.000 a 15.000, y por vez primera desde 1914, la firma recibía cargamentos brasileños de mineral con alto contenido de circonio, que se usaba en la fabricación del acero. Mientras tanto, según anotó Gustav, sólo el 6 por ciento del hierro alemán era exportado a los «países enemigos» como Inglaterra, Francia, Bélgica, Rusia y Checoslovaquia (22).

Los beneficios de Krupp no parecían excesivos, mientras se firmaban estos acuerdos. Aún hoy, en Essen, los herederos de Gustav aseguran que éste sólo obedecía órdenes, y «ponía buena cara al mal negocio» *(eine gute Miene zum bösen Spiel machte)*. De hecho el negocio era soberbio, el mejor en la historia de la dinastía. El rearme demostró ser una bicoca para todos los industriales alemanes; el promedio del beneficio nacional aumentó desde el 2 por ciento en el próspero año de 1926, al 6,5 por ciento. Era ésta una cifra capaz de enternecer los corazones de los Schlotbarone. Pero en cuanto a Krupp, desde el momento en que el acta de concesión hizo un dictador de Adolf Hitler, las preocupaciones financieras del Konzern desaparecieron. Ernst Haux, que ahora contaba más de setenta años, se disponía a retirarse después de medio siglo de fiel servicio. Bajo la República de Weimar no le había resultado demasiado grato trasladarse todas las mañanas a su despacho. De pronto cambió la situación. En el último capítulo de sus memorias no publicadas, nos cuenta que un repentino aflujo de créditos de Berlín le permitieron cerrar el frasco de tinta roja: «...En [el año fiscal] 1932-33, por vez primera terminamos el ejercicio con una pequeña ganancia, y se comenzó a crear una pequeña reserva... La tendencia general del negocio siguió progresando todos los meses, de modo que pudimos emplear nuevos obreros.» Haux resume las causas en el título de un capítulo: *Wieder Kriegsmaterial bei Krupp* (De nuevo, material de guerra para Krup). Según relata, Gustav le confesó que «ningún producto sería enviado al exterior, todavía; primeramente debía hacerse todo lo posible por equipar al nuevo ejército alemán». Con temblorosa mano Haux añadió su propio comentario: «La empresa Krupp volvió a su antigua posición de primer armero del Reich alemán. Una nueva página de gloriosa historia estaba llenándose.» Enardecido, terminaba su autobiografía con un patriotero cuarteto:

Gott segne das Haus und die Firma Krupp
wie bisher, so auch in alle Zukunft.
Zum Heil der Werksangehörigen und
des ganzen deutschen Volkes.

Dios bendiga a la Casa y la Firma de Krupp
como hasta ahora, y en el futuro.
Para suerte de los empleados, y
de todo el pueblo alemán. (23).

Murió Haux creyendo que esto era cierto. En la práctica, desde luego, la suerte a que aludía se limitaba, sobre todo, a la familia de Villa Hügel. La fortuna pertenecía legalmente a «fräulein Bertha Krupp», aunque, como es lógico, ella daba a Gustav todo el dinero que necesitaba. Cuando volvieron a ocupar el ala principal del castillo, Bertha disponía

de más dinero del que podía gastar. Los ingresos de la empresa aumentaron en un 433 por ciento, y los personales de ella se decuplicaron. Con el correr del decenio de 1930 esos ingresos fueron creciendo. El gasto de Alemania en armamentos ascendió primero a un sexto del presupuesto nacional, y luego a una quinta parte. En 1939, Hitler, aludiendo con orgullo a la Gusstahlfabrik, estuvo en situación de declarar: «Durante más de seis años he trabajado por el fortalecimiento de la Wehrmacht alemana. En ese tiempo, más de 90.000 millones se han gastado para la creación de nuestro ejército. Este es actualmente el mejor equipado del mundo, y en todos los aspectos supera al del año 1914.» Las cifras del sucesor de Haux revelan lo que esto significaba para Essen. Al año siguiente al baño de sangre de Röhm, los beneficios de Bertha, descontando impuestos y reservas, eran de 57 millones de reichsmarks; tres años después eran de 97 millones, y otros dos años más tarde ascendían a 111 millones (24).

Mientras tanto, en el Hauptverwaltungsgebäude, su marido se aplicaba a incrementar las inversiones de capital diariamente. En cada una de las grandes guerras hubo un hábil proyectista de artillería al lado del Krupp reinante en el momento. En 1870 fue Wilheilm Gross; en 1914, Fritz Rausenberger, y ahora Gustav contrató como jefe del departamento de proyectos de artillería a un berlinés rubio y robusto, de cuarenta y tres años, llamado Erich Müller, y que había formado parte de las tropas de asalto. Su nombre de pila pronto fue olvidado, ya que Krupp, los Kruppianer y su entusiasta Führer le conocían como *Kanonen-Müller*, el primer técnico del Reich (25).

Junto con Gustav y con el profesor Houdremont, Müller proyectó la explotación de la nueva riqueza de Bertha. A fin de aliviar las angustias de la Wehrmacht acerca de las reservas de petróleo, construyeron la Treibstoffwerk, una fábrica de combustible sintético situada en Vanne-Eickel, al nordeste de Essen. Se prepararon siete talleres con hornos Renn, y estas patentes fueron cedidas al Japón para que erigiera instalaciones en Corea y Manchuria.

Los Schlotbarone de menor importancia cedieron sus propiedades en Bochun, Hagen y Düsseldorff, y se construyeron nuevos edificios en Hamm y Rheinhausen. En Essen, la colonia de trabajadores de Cronenberg fue demolida, y la Gusstahlfabrik, después de extenderse en aquella dirección, triplicó sus efectivos. El Führer mandó decir que necesitaba un centenar de carros de asalto nuevos para marzo de 1934, y 650 un año más tarde. Los empleados de la antigua firma de Koch und Kienzle (E) se aplicaron a confeccionar planos. Llegaron de Suecia capataces de Bofors, y los talleres Kawa, de camiones Krupp, cerraron para que pudieran efectuarse en ellos grandes reformas, y para dotárselos de nuevo material. Otro mensaje del Führer ordenó la construcción de seis submarinos y la preparación de un programa que establecía la terminación de una de estas naves por mes. Se enviaron instrucciones en código desde I. v. S., en Holanda, a Kiel, y según las palabras del *Der Kampf der Marine gegen Versailles 1919-1935*, el Germaniawerft estuvo en condiciones de colocar dos quillas inmediatamente; entregó el primer casco al cabo de tres meses y medio, y luego, «a intervalos de unos ocho días, puso continuamente nuevos submarinos en servicio» (26). En Meppen, Kanonen-Müller probó nuevos obuses de fuego rápido con tracción motorizada. Los Kruppianer comenzaron a producir cápsulas de proyectiles en los tornos, transformaron bloques de acero prefundidos en tubos de cañón, y levantaron nuevos trenes laminadores capaces de fabricar chapa blindada pesada. Krupp y sus hombres se hallaban entre transportados y ensordecidos por el estrépito de sus propios martillos, en lo que

la jerga de aquel tiempo llamó «la sonora fanfarria de trompetas» *(schmetternde Fanfare)* del Tercer Reich.

El sábado 16 de marzo de 1935, los tambores y las trompetas de toda Alemania se unieron en un atronador concierto, cuando un *Führerbefehl* decretó el servicio militar obligatorio general, y organizó un ejército de doce cuerpos y treinta y seis divisiones. Era el fin del Tratado de Versalles. Hitler lo había enterrado, y estaba leyendo la nota necrológica. Este golpe a la coalición que había derrotado a la Alemania imperial diecisiete años antes estuvo acompañado de significativas revisiones en la terminología militar. La Reichswehr pasó a llamarse Wehrmacht. La potencia de la Luftwaffe quedó al descubierto, ante el temor de Europa. El Truppenamt fue públicamente conocido como el Generalstab, una vez más, y el Marineleitung, principal cliente de Kiel, volvió a ser la Kriegsmarine. Los nuevos nombres parecían más viriles, y se popularizaron rápidamente. Hitler, con su intuitivo conocimiento de la personalidad teutónica, había tocado precisamente la cuerda más sensible. Aquel sábado fue el *Heldengedenktag,* el Día de la Conmemoración Alemana. Se había establecido una celebración oficial de la ocasión, y William L. Shirer asistió a ella para ver cómo había sido recibido el dramático anuncio de la víspera. Escribió así:

> «Fui a la ceremonia al mediodía; se celebraba en la Opera del Estado, y allí fui testigo de una escena que Alemania no veía desde 1914. Toda la planta baja era un mar de uniformes militares, el desvaído gris y los cascos en punta del antiguo ejército imperial se mezclaban con el atuendo de las nuevas ropas... Al lado de Hitler se hallaba el mariscal de campo Von Mackensen, el último superviviente de los mariscales del kaiser, que iba ataviado con el uniforme llamativo de los Húsares de la Muerte. Fuertes luces daban sobre el escenario, donde oficiales jóvenes parecían estatuas de mármol, manteniendo erguidas las banderas de la nación. Detrás de ellos, en un enorme cortinaje, se veía una colosal Cruz de Hierro de color negro y plata. Evidentemente, se trataba de una ceremonia para honrar a los caídos por Alemania en las guerras; pero se transformó en una jubilosa celebración de la muerte del Tratado de Versalles, y de la resurrección del ejército alemán de servicio obligatorio.
>
> »Los generales, según podía verse por la expresión de sus rostros, se hallaban inmensamente complacidos. Como a todo el mundo, aquello les había tomado por sorpresa...» (27).

Gustav no fue de los asombrados. Había tenido cuatro meses, aproximadamente, para prepararse. Así pues, según estableció el informe anual del Vorstand: «Cuando... de nuevo nos pidieron la fabricación de material de guerra en gran escala, inmediatamente estuvimos en condiciones de hacerlo.» Por entonces el Germaniawerft y el Grusonwerk estaban produciendo chapas blindadas y cañones navales para los mayores acorazados del mundo; *Deutschland, Tirpitz, Admiral Graf Spee, Admiral Schiller* y *Bismarck,* cada uno de ellos de 45.000 toneladas. Kiel estaba construyendo asimismo un portaaviones y varias flotillas de cruceros de batalla, destructores y minadores. Por su parte, Essen, Borbeck y Rheinhausen vomitaban carros de asalto, torrecillas para éstos, cureñas, obuses, morteros, cañones de asedio y piezas de campaña. Las fábricas de Suecia y Holanda estaban cerradas. Todo hombre disponible trabajaba en el Ruhrgebiet o en los astilleros. Una vez que regresaron esos empleados, Gustav advirtió que su poderío era mayor de lo que había pensado.

No sólo podía armar a la Wehrmacht, sino que era capaz de competir de nuevo en el mercado internacional de armamentos. El anuncio de Hitler rompiendo las restricciones provocó una débil protesta por parte de París; Londres expresó trémulamente su esperanza de que no empeorarían las relaciones anglo-germanas, y un aluvión de pedidos de armas cayó sobre Krupp. Turquía, Grecia, Brasil, Bulgaria y la URSS querían cañones de Essen. Fritz von Bülow fue eximido de sus obligaciones en Berlín, y enviado a Río de Janeiro como vendedor de armas, igual que lo había sido su padre antes que él, resucitando la tradición de Krupp que floreció durante cerca de medio siglo antes de Sarajevo (28).

El viaje tuvo un carácter sentimental para Bülow, y su secuela resultó irónica. Berlín insistió en que Krupp no debía depender del capital extranjero, en tiempos de guerra. Según las palabras del Führer: «La duración de nuestra existencia depende de la posesión del Ruhr», las fundiciones resultarían inservibles, a menos que fueran bien alimentadas. «La escasez de mineral —dijo Goering a Krupp, como si necesitara recordárselo—, no debe poner en peligro el programa de producción de municiones y armamento, en caso de guerra.» En 1914 el entonces joven Moltke se manifestó en contra de la invasión de Holanda para mantener abierta una puerta ante las naciones neutrales respecto al Ruhr. Los Países Bajos habían servido bien a Gustav, entonces, pero la marina alemana consideraba ahora que la neutralidad holandesa había resultado, en conjunto, un error. Hasta casi el final de la contienda los Aliados no cesaron de enviar cargamentos destinados a ese país. Además, los comandantes de los submarinos alemanes que se habían adiestrado con el I. v. S. de Krupp deseaban tener bases en Holanda.

Por lo tanto, los Países Bajos deberían ser absorbidos por el Reich. Una vez ocupados no podrían ser empleados como puerta trasera para las materias primas. En consecuencia, Krupp recibió la orden de proyectar cuantas armas pudiera producir, para el caso de que el Reich se viera rodeado por enemigos. Eso significaba aleaciones sucedáneas, acero de segunda clase. Como el edicto no se aplicaba a los envíos al extranjero, Río de Janeiro y los Balcanes adquirieron cañones de superior calidad que la Wehrmacht (29).

Mas el paralelismo entre la actividad de Krupp en la época de Guillermo, y la fabricación de armas con el nuevo orden, carecía realmente de validez. En la época de anteguerra la firma había traficado como libre competidor en un mercado abierto a todos. Ahora, en cambio, todas sus acciones, incluso el otorgamiento de licencias de exportación, eran estudiadas detenidamente en la capital. Eso no significaba, como Alfried Krupp argumentó más tarde en Nuremberg, que la firma fuera el resultado de «un sistema que no creamos, que sólo conocíamos incompletamente, y que, en muchos casos desaprobábamos». Alfried admitió que su padre «era el único industrial, la única persona privada de un círculo de altos dirigentes políticos y militares» (30). Habría sido más exacto decir que Gustav, habiendo hecho mucho para crear un sistema en que el individualismo contaba poco, estaba abriéndose paso por el camino que le convenía.

Lo hizo con gusto, lo mismo que su hijo, el futuro Konzernherr. Conforme se aproximaba la época del decenio de 1930, ambos se dispusieron a seguir al pie de la letra los pasos que el Führer daba hacia la gran matanza. En los discursos del 7 y el 8 de abril de 1938, los dos aprobaron el *Anschluss* austríaco; el 13 de octubre de 1938 aplaudieron la ocupación nazi de los sudetes checos; el 4 de setiembre de 1939 aprobaron la invasión de Polonia, y el 6 de mayo de 1941 hablaron en términos entusiastas

del sojuzgamiento de los Países Bajos y de Francia, ocurridos el año anterior (31). No necesitaron ir en busca de pedidos a las minúsculas capitales balcánicas, o a las repúblicas sudamericanas; la magnitud del rearme de Hitler, y su especial posición en el Reich, les garantizaba una excelente situación en el presente, y, por lo que alcanzaba a adivinarse, para el futuro. Cuando el Tercer Reich llegó a su apogeo, se convirtieron en la empresa más privilegiada de la historia del comercio, pero mucho antes de eso ya habían logrado ventajas que dejaron a Schneider y a Armstrong-Vickers con la boca abierta.

Sólo después de la capitulación de Francia en 1871, por ejemplo, Alfred Krupp estuvo en situación de construir un polígono de pruebas privado, e incluso entonces el Gran Krupp se vio obligado a firmar 120 escrituras antes de entrar en posesión de las cincuenta millas cuadradas de Meppen. Gustav, en cambio, tuvo ocasión de probar sus armas en un país, España, ya que Franco había solicitado ayuda de Hitler en 1936. Aparte de la Legión Cóndor, una unidad de la Luftwaffe, el Führer envió pocas tropas, pero en cuanto a armamento fue más pródigo. Técnicos civiles de Essen y Kiel fueron a estudiar los efectos de los bombardeos, el resultado del *Deutschland* en sus maniobras navales frente a Ceuta, y el rendimiento de los tanques y la artillería durante los combates. De entre las piezas que dieron resultado efectivo, figuraban seis baterías del 88. Los informes fueron enviados por el general Hugo Sperrle a Hitler, quien, según lo manifestado por Sigrid Schultz, los tuvo en cuenta para establecer la fecha del rompimiento de hostilidades en la guerra mundial. El perfeccionamiento de la pieza del 88, que fue descrita como «el mejor que todos los cañones que han sufrido pruebas de eficacia», fue la primera tarea importante que desempeñó el hijo de Bertha (32).

El 17 de diciembre de 1936, Gustav fue una vez más con los Schlotbarone a Berlín, en respuesta a otra invitación telegrafiada por el *Reichstagspräsident*. Dirigiéndose a los industriales del Preussenhaus, Goering les instruyó en las metas del Plan Cuatrienal nazi, que requería la colaboración de ellos. También salió a colación el inevitable rompimiento de hostilidades. Era casi once meses antes de la decisión del 5 de noviembre de 1937 sobre la guerra; a pesar de todo, los que estaban alrededor de Hitler quedaron convencidos de que éste llenaba todos los requisitos como el mayor guerrero de la nación alemana. «Toda nuestra patria se halla en juego —dijo al Reichsgruppe Industrie el orondo Goering, que había sido nombrado *Komissar* del plan—... La batalla que se aproxima exige una colosal capacidad productiva. No puede entreverse un límite en el rearme. La única alternativa, en este caso, es la victoria o la destrucción.» Luego añadió: «Si ganamos, los negociantes se verán suficientemente compensados» (33).

Unser Hermann intentaba despertar la codicia de los industriales, y lo consiguió. De todos modos, sería erróneo atribuir el entusiasmo de Gustav por el nacionalsocialismo, a motivos puramente prácticos. Aunque la riqueza de su mujer y la amplitud de su imperio industrial le aseguraban la continuidad de un papel dirigente en los consejos de Gobierno, en la época del discurso del Preussenhaus, Krupp renunció como Reichsgruppenführer. Kurt Schmitt, el ministro de Economía nazi, estaba celoso del título de Krupp. Schmitt había persuadido a Hitler para que dividiera los negocios en siete unidades, y asignase a Gustav la jefatura de sólo una de ellas. Krupp, desdeñando tal regateo, renunció. Su nombre era más importante que cualquier favor que Berlín pudiera concederle, y él lo sabía. Repetidas veces declaró que se negaba a ser considerado como

un aventurero más. Aunque los beneficios resultaban atrayentes, sin duda, él se consideraba un verdadero patriota.

Con orgullo anotó en un informe anual que a pesar del costo de los planes elaborados por I. v. S., Bofors, y Koch und Kienzle (E), en cuanto a tiempo, aptitudes y capital —por no mencionar los riesgos— «dejamos que otras firmas se aprovechen de nuestra experiencia», sin cobrarles cuenta alguna. De forma similar, cuando los nazis rechazaron un aumento general de precios en el acero, durante 1937, y crearon las siderurgias Hermann Goering, dirigidas por el Estado, Krupp, a diferencia de los demás magnates, puso a los veteranos Kruppianer y sus prósperas plantas piloto a disposición del Gobierno (34). Los fanáticos de todas las generaciones resultan incomprensibles para sus sucesores... Después de Götterdämmerung, el comportamiento de Gustav sólo parecería comprensible si se atribuyese a un deseo desmedido de ganancias personales. Pero el nacionalsocialismo, en su apogeo, era uno de los reactivos políticos más potentes que el mundo había conocido. Para los xenófobos alemanes el caudillaje era irresistible; fueren cuales fuesen las reservas que sintieran hacia el *Neuordnung*, cerraron filas detrás de Hitler cada vez que el Reich parecía amenazado. El Führer sabía que lo harían, e hizo lo posible para que esa amenaza flotase siempre en el ambiente. Era una de las genialidades de Hitler. Su política extranjera tendía inevitablemente a la guerra, y a pesar de todo, cada eslabón de la cadena de agresión robustecía la lealtad de los *Herrenvolk*, y especialmente la del *Herr eigenen Haus*.

Hitler rompió por vez primera los límites que el Tratado de Versalles había estipulado para Alemania, en la madrugada del 7 de marzo de 1936, cuando tres batallones de soldados germanos atravesaron a paso de ganso los puentes del Rhin, se dirigieron a Aquisgrán, Trier y el Sarre, volviendo a ocupar Renania. La reacción de Gustav en tal ocasión resulta reveladora. La tensión de los dos días siguientes fue excesiva para que se la pudiera soportar con tranquilidad. Los normalmente hieráticos rostros del Generalstab se contrajeron en un gesto de ansiedad. Blomberg sólo tenía cuatro brigadas preparadas para la lucha. Si los franceses hubieran lanzado un simple toque de corneta, o tocado un redoble de tambor, los germanos habrían vuelto a pasar rápidamente los puentes. Eso hubiese significado el fin del Reich del Milenio, y los dirigentes lo sabían bien. De haber replicado los franceses, dijo el Führer posteriormente, «habríamos tenido que retirarnos con el rabo entre las piernas ya que los recursos militares a nuestra disposición hubieran sido inadecuados incluso para una resistencia moderada». El arma más formidable del Reich, por aquel tiempo, eran los submarinos de Krupp. Según manifestó *Der Kapmf der Marine*, «el 7 de marzo de 1936, durante el periódo crítico de ocupación de la zona desmilitarizada de la frontera occidental, dieciocho submarinos estaban a nuestra disposición, diecisiete de los cuales ya habían pasado su período de pruebas, y en caso de emergencia podían ser enviados sin la menor dificultad a la costa francesa, hasta llegar incluso al Gironda» (35).

Veinte días después de la crisis, cuando resultó evidente que París se hallaba aún más atemorizado que Berlín, el Führer se trasladó a Essen para agradecer a Gustav la fértil actividad de Kiel. Krupp había establecido el programa de recepción con la exquisita atención en los detalles que una vez reservara para el kaiser. Más de diez mil Kruppianer fueron llevados al cobertizo de locomotoras de Helenenstrasse, en la Gusstahlfabrik. Hoy el gran taller se conoce con el nombre de Maschinenfabrik. Entonces se le llamaba Almacén de Hindenburg. Era el recinto más amplio de Essen, tan largo como un campo de fútbol, y casi tan ancho

como éste. En un extremo se había erigido un pequeño estrado. Mientras la banda de la empresa tocaba *Heil Hitler Dir* (antiguamente era *Heil Kaiser Dir*), el Führer, Rudolf Hess y Karl Otto Saur tomaron asiento sobre simples sillas. Entonces Krupp presentó al Führer. Ha llegado a nuestras manos una fotografía de la escena, y a primera vista uno cree ser víctima de una ilusión óptica. Gustav parece llevar dos brazaletes con la esvástica. Pero hasta Hitler lleva uno solo. Sin embargo, no había ilusión óptica alguna. Los dos brazaletes se hallaban en las mangas de Krupp, y el comportamiento de éste, después de que Hitler lanzó una de sus más agresivas arengas, confirma ese exceso de celo partidista. Echando un vistazo a su reloj, Gustav vio que faltaban diez segundos para las cuatro de la tarde. Había ordenado que a esa hora todas las sirenas tocaran, como lo habían hecho una trascendental mañana, treinta años antes, y mientras se oía el pitido deseaba que todos los presentes se pusieran en pie, silenciosamente, «en comunión interior con el Führer».

Aullaron las sirenas, y veinte mil botas de trabajadores resonaron sobre el suelo al ponerse en pie los Kruppianer. Hitler se sentó luego, al tiempo que se limpiaba los labios con un pañuelo, mientras que un periodista del *Krupp Nachrichten* informaba que «las lágrimas aparecían en los ojos» de Gustav. La silenciosa plegaria fue seguida por una gran ovación. Después Krupp declaró que «la sangre de los camaradas del Sábado Santo de 1923 no se había derramado en vano». Deseaba que el mundo se enterase de que «públicamente honraba a nuestro gran líder Adolf Hitler, a cuyo servicio se comprometía» (*in aufrichtiger Verehrung und im Gelöbnis treuer Gefolgschaft feiert er unsern grossen Führer Adolf Hitler)* (36).

Gustav había puesto a disposición de Hitler la fortuna de su esposa y su propio honor, y no obstante ser un ocupado hombre de negocios, dedicaba un tiempo considerable a fortalecer aún más los lazos que le unían con el nazismo. Algunas de estas actividades eran esenciales para el partido. A semejanza de otros industriales, debía preocuparse de que todos sus obreros se inscribieran en el Frente de Trabajo, y de deducir semanalmente unas «cuotas» de salarios. En su papel de presidente del Hitler Spende, estaba obligado a mantener correspondencia regular con Martin Ludwin Bormann, el hosco esbirro que sirvió a Hitler como secretario privado, y cuando los fabricantes protestaron de que no podían aplicarse a la producción de guerra sin suprimir sus donaciones, Krupp tuvo que aceptar la advertencia de Bormann de que debían entregarse cuatro millones de reichsmarks inmediatamente, «a la fuerza, si no se daban voluntariamente» (37).

Otros gestos estaban en consonancia con la tradición de la firma. A semejanza del Gran Krupp, Gustav gozaba enviando bruñidos cañones a los gobernantes. También se realizaban visitas de ceremonia por la Gusstahlfabrik por parte de los eminentes personajes alemanes como Bormann, Goebbels, Goering, Ribbentrop, Himmler, Hess, Neurath, Blomberg, Fritsch, Keitel, Raeder, Mackensen, Todt, Speer, Funk, Ley y Sauckel, y también por los dirigentes de las naciones amigas, especialmente algunos japoneses conservadores, y Benito Mussolini, el cual se presentó en Essen por vez primera, llevado por el propio Hitler, en la última semana de setiembre de 1937 (38).

Todo esto eran ecos del pasado. Pero en un nivel personal, Gustav fue mucho más allá que cualquiera de los dos Reyes de los Cañones, para hacerse apreciar por el Gobierno de Berlín. En su deseo de ser aceptado como miembro del club nazi, obró de muy distintas formas, unas insignificantes y otras que no lo fueron tanto. Así contribuyó con 20.000 reichsmarks para la propaganda nazi de Alfred Rosenberg en otros países,

por ejemplo, y designó a miembros de su equipo de vendedores como componentes de una red de espionaje. Su agente de enlace con Berlín era Max Ihn, un miembro del partido y director de departamento de Krupp *(Abteilungsdirektor)*. Empezando desde octubre de 1935, todas las firmas extranjeras que tenían patentes de Essen debieron detallar las cifras de su producción a Ihn. Con eso, los ingenieros que trabajaban bajo la supervisión de éste, estimaron el potencial industrial de los posibles enemigos, incluyendo Estados Unidos, y en base a ello transmitieron sus apreciaciones a Berlín (39).

Los nazis respondieron calurosamente. En 1935, año en que los vendedores de Gustav se convirtieron en espías, éste contrató a sesenta y cinco. El 7 de agosto, el almirante Raeder escribió a Villa Hügel acerca de su «ardiente deseo de expresar a usted mis sinceras felicitaciones... Recuerdo gratamente en esta ocasión su gran trabajo para la marina imperial, y le agradezco de modo similar el habernos permitido la reconstrucción de la armada, poniendo a nuestra disposición su persona y sus fábricas.» (Gustav, que nunca olvidaba que era el «príncipe consorte» de Bertha, repuso: «Mi esposa desea agradecerle muy sinceramente sus amables saludos y remembranzas, que plenamente le retribuye. Yo añado a ella la expresión de mi más sincero respeto, y agrego ¡Heil Hitler! Suyo muy sinceramente, Krupp von Bohlen und Halbach.») Cinco meses después, Goering celebró la mayor fiesta privada del Tercer Reich, en Berlín, El enorme Teatro de la Opera fue decorado de nuevo por completo, forrándolo principalmente de raso blanco. Más de un millón de marcos se gastaron en el festejo, y Krupp, luciendo sus numerosas condecoraciones, no faltó entre los capitostes de la ostentosa recepción (40).

Para entonces, la disputa jurisdiccional de Schmitt con Krupp había sido olvidada. El Führer, a quien gustaba atribuir nuevos títulos a sus gentes, llamó al barón Von Wilmowsky, director gerente *(Vorstandsmitglied)* de la Compañía Nacional de Automotores (Reichsautobahn Gesellsaft); se dispuso a solventar los problemas de transporte que pudieran surgir ante una movilización, y tanto Gustav como Alfried se convirtieron en «Dirigentes de Economía de Guerra» *(Wehrwirtschaftsführer)*, y se encargaron de agrupar las industrias al comienzo de la contienda.

Hitler también gozaba recibiendo juramentos de lealtad dirigidos a su persona, y el 6 de febrero de 1937 pidió que los Krupp, en su nuevo cargo, firmasen lo que él llamó una «declaración de actitud política», que decía así: «Por la presente declaro que defiendo el concepto nacionalsocialista del Estado sin reserva alguna, y que nunca he tomado parte activa contra los intereses del pueblo... Me hago cargo de que en caso de que cualesquiera expresiones o acciones futuras, por mi parte, fueran interpretadas como ofensivas a los principios nacionalsocialistas del Estado, debo esperar, además del proceso legal, mi expulsión del puesto de *Wehrwirtschaftsfürer*» (41).

Cuando la copia de Alfried de este documento fue leída en Nuremberg, el juez que presidía el proceso interrumpió para decir bruscamente: «No entiendo eso.» En realidad, resultaba difícil que comprendiera aquello un Ausländer. En cualquier lugar del mundo, los hombres de negocios no están obligados a jurar que no harán lo que evidentemente no piensan hacer, y obligarles a jurar eso se consideraría como un insulto. Pero los Krupp acataron la orden sin una protesta. Poco después se presentó otra oportunidad similar. El año anterior había asistido Gustav al congreso anual del partido nazi, y tomó asiento con actitud placentera, mientras las tropas de asalto desfilaban por el estadio a los acordes de *Die Fahne hoch*, y luego se mantenían inmóviles en impecable formación, debajo de las innumerables banderas de la esvástica. Gustav anhelaba volver

todos los años, pero alguien de la familia debía supervisar los negocios, de modo que en esta ocasión envió a Alfried y a Claus.

Cuando estuvieron de vuelta en Villa Hügel, su padre escribió una carta a Martin Bormann. Esta misiva fue descubierta ocho años más tarde entre los escombros de la cancillería del Reich, en lo que una vez había sido Wilhelmstrasse, 78. Después de disculparse por la propia ausencia de la manifestación, Gustav informaba orgullosamente:

> «...Nuestros dos hijos regresaron de Nuremberg profundamente conmovidos. Me complace mucho que hayan obtenido esas tremendas y duraderas impresiones [*diese gewaltigen und unversgesslichen Eindrücke*]. Mi propia experiencia en Nuremberg fue que sólo allí puede uno comprender plenamente el propósito y el poderío del movimiento [*den Zweck und die Kraft der Bewegung*], y por consiguiente, me siento doblemente complacido con los fundamentos que esto ha asegurado para nuestros hijos» (42).

Los cumpleaños eran siempre ocasión de festejos entre los miembros destacados del nazismo. Durante uno de los de Gustav, Hitler le concedió la Insignia de Oro del Partido, con lo que Krupp se convertía en el ciudadano civil más condecorado del Tercer Reich. Con objeto de corresponder a esta atención, los Krupp trabajaron arduamente por las noches, a fin de idear y diseñar un regalo para el Führer, con motivo de su quincuagésimo cumpleaños. El fruto de esta labor fue un notable mueble, una mesa que Gustav y Alfried entregaron ceremoniosamente al Führer en su residencia montañesa de Berchtesgaden el 20 de abril de 1939. A diferencia de la correspondencia entre Krupp y Bormann, que aumentaría en valor al tiempo que envejecía el Reich del Milenio, el regalo no llegó a sobrevivir a los bombardeos de la guerra. No obstante, existen fotografías del momento en que fue ofrecido el obsequio, y el 15 de mayo de 1939, el *Krupp Nachrichten* describió el acto con todo lujo de detalles.

La mesa era de roble, tachonada de esvásticas y cruces de hierro elaboradas con acero Enduro KA-2, de Krupp, y en la superficie superior aparecía grabada una cita de *Mein Kampf*. Había una tapa secreta que podía abrirse presionando sobre dos leones de acero inoxidable. En la oquedad, y hecho con un metal bruñido hasta cegar la vista, se apreciaba un bajorrelieve del Gasthof Zum Pommer, el desastrado edificio de la ciudad austríaca de Braunau am Inn, donde el hijo de Alois Hitler, *né* Schicklgruber, había llegado al mundo el año anterior a la presentación oficial de Fritz Krupp al kaiser Guillermo II. Aunque al Führer le disgustaban generalmente los recuerdos de su juventud, aquel regalo le produjo un gran placer, sin duda alguna. Dio unos alegres pasos, como de jiga, y luego hizo aquel ademán característico y afeminado que tenía de apoyar la muñeca en la cadera, extendiendo a continuación la mano, fláccidamente, a los que le habían hecho el regalo. Gustav no solía sonreír, pero en esta ocasión lo hace de oreja a oreja. En las borrosas fotografías semeja un anciano duendecillo rejuvenecido. La impresión que da Alfried es diferente. Alto y sombrío, ataviado según lo que sus compañeros de las SS calificarían de *Sachlichkeit* (objetividad), se inclinó gravemente y dio un chasquido con los tacones (43).

Definir la precisa relación existente entre Altendorferstrasse y Wilhelmstrasse, durante el decenio de 1930, no resulta cosa fácil. Desde la guerra, toda una generación de alemanes estaba al corriente, por habérselo enseñado, que Gustav había sido la víctima inerme de unos aconte-

cimientos que «ahora sólo actuaban simplemente como órgano ejecutivo de una voluntad que no conocía límites», cuya única alternativa era escapar del Reich, y que no podía hacerlo porque «no había playa para aquel barco». Pero la situación era más complicada que eso. Estaba la influencia creciente de Alfried. Estaba Bertha quien, después de todo, era la dueña del negocio, y que a pesar de su convicción de que era superior al Führer, conservaba siempre su intenso patriotismo. Por fin, el propio Gustav tenía constantemente presente el ejemplo de Alfred Krupp (44).

Las hundidas cuencas del primer Rey de los Cañones hubieran relucido de gozo el 30 de marzo de 1938, al ver la edición del *Essener Allgemeine Zeitung*, que en la conmemoración de los cincuenta años del episodio del Sábado Santo presentaba al infortunado teniente Durieux como un monstruoso sádico que había reclutado a sus hombres de manicomios franceses para locos peligrosos, soldados que gozaron dando muerte a los rubios y arios chiquillos. De todos modos, Alfred había resistido las intrusiones burocráticas de Berlín, y si bien no puede decirse lo mismo de Gustav, la Casa de Krupp, al menos, no siempre se inclinó ante la voluntad de Hitler, durante aquel trascendental decenio de 1930.

Este aspecto es importante, pues ello demuestra que la mayor familia industrial de la nación era capaz de desafiar impunemente a los nazis. Establecido esto, debe hacerse constar que los Krupp, padre e hijo, siguieron el camino que se trazaron porque era el que preferían. No hay la menor duda de que tuvieron plena libertad para elegir. Si bien el armamento ofrecía el mayor margen de beneficios, el Konzern debía proyectar su mirada más allá de la contienda que se avecinaba. Por consiguiente, la producción pesada de tipo no militar no fue nunca abandonada en Essen. A pesar de las vehementes objeciones de Berlín, la firma siguió fabricando locomotoras, puentes y dragas.

Goering se presentó en el Hauptverwaltungsgebäude decidido a hacer cambiar de parecer a Gustav, pero marchóse derrotado. A un miembro del Vorstand dijo amargamente: «*Euer oller Geheimrat würde lieber Nachtpötte statt Kanonen machen.*» («El negocio de su consejero prefiere hacer orinales que cañones.») En 1938, el Gobierno de Berlín, respaldado por el Führer, envió dos ultimátums a Krupp: los talleres de Krawa debían dejar de fabricar camiones y transformar sus líneas de montaje para construir carros de asalto, y en Kiel se abandonaría toda actividad que no se relacionase con los navíos de guerra. Gustav dijo que no a todo ello. En la capital se produjo un amenazador silencio. Después, y tratando de salvar su prestigio, el Gobierno exigió que se demoliera un polígono de casas que albergaban a Kruppianer, para levantar almacenes de municiones. De nuevo fue negativa la respuesta de Krupp. Además, durante 1936 y 1937 insistió en mantener en su nómina a un judío, un ingeniero electrotécnico llamado Robert Waller, el cual llevaba trabajando veinte años en la firma. Después de la *Kristallnacht* del 9 al 10 de noviembre de 1938, la «Noche de los cristales rotos», en que se profanaron las sinagogas y los judíos fueron perseguidos como animales salvajes en un «pogrom» (*) que se extendió por toda la nación, los colegas del ingeniero pidieron que se le echara de su puesto. Gustav accedió de mala gana, pero hizo saber que recompensaba a Waller con ocho meses de paga (45).

Según observó Hannah Arendt, todo nazi tenía su judío favorito. La terquedad de Krupp, en este caso, demuestra la independencia con que obraba. Pero ello no significa que se opusiera a la política antisemita del Gobierno. Gustav por aquel entonces, y Alfried más tarde, se beneficia-

(*) Pogrom: palabra rusa con que se designa la matanza organizada de gentes indefensas, especialmente judíos, hecho que si bien tuvo su origen en Rusia, alcanzó su apogeo durante el régimen nazi. (N. del T.)

ron al eliminar la competencia judía y al hacerse con valiosas propiedades de semitas a precios irrisorios. En realidad, la casa de Krupp disfrutó de una pequeña pero simbólica *Kristallnacht,* con su correspondiente ganga, veinte años después de la muerte del Führer. Inmediatamente después del «pogrom», Hitler ordenó a Goering que convocase una reunión de dirigentes nazis para arreglar «el asunto judío *(Judenfrage)* de una vez por todas». Aún se conserva un informe taquigráfico de la conferencia, el cual dice así en uno de sus párrafos:

GOERING: ¿Cuántas sinagogas se incendiaron, en total?
HEYDRICH: En conjunto, 101 sinagogas fueron destruidas por el fuego, 76 fueron demolidas y 7.500 tiendas destrozadas en el Reich.
GOERING: ¿Qué quiere decir eso de «destruidas por el fuego»? *(Durch Brand zerstört)*
HEYDRICH: Que en parte fueron incendiadas *(abgebrannt),* y en parte arrasadas *(ausgebrannt)* (46).

Goebbels hizo notar que «existían nuevas y diversas posibilidades para utilizar los solares donde estuvieron las sinagogas». Algunas ciudades deseaban levantar edificios modernos, otras querían parques, y otras zonas de estacionamiento para los coches. Los judíos tendrían que pagar por ello *(Die Juden müssen das bezahlen).* De todos modos, algunos templos poseían unos muros tan gruesos que sólo pudieron ser derribados con abundantes cargas explosivas, lo cual representó una evidente molestia para los arios vecinos de aquellos lugares. Una de esas sinagogas resistió en el centro de Essen. Durante un cuarto de siglo, su maciza cúpula fue el centro de la comunidad judía de la ciudad. Después que Alfried fue liberado de la cárcel, en la posguerra, las antiguas inscripciones hebreas seguían viéndose en las piedras del exterior, pero un arquitecto volvió a diseñar modernamente el interior, formando una especie de museo. Un letrero situado en la puerta decía *Industrieform.* Las estancias interiores se utilizaron para exhibir los productos de Krupp, justamente lo que hubiera deseado el pequeño *Doktor* (47).

La mayor ganancia de Krupp durante las primeras conquistas sin sangre de los años treinta, fueron una consecuencia de la agresión alemana a Austria, y el hombre que arregló el asunto fue, por raro que parezca, el afable barón Tilo. Gustav sufría unos terribles dolores de muelas, y en una ocasión se trasladó a Badgastein para convalecer en el balneario de la localidad. Tilo von Wilmowsky, como miembro principal del comité ejecutivo del Vorstand *(Aufsichtsrat),* de cinco miembros, se vio obligado a hacerse cargo de la jefatura temporal de la empresa. Llevado de su profundo interés por la historia de la familia de su mujer, hojeó algunos documentos antiguos, y al descifrar la desigual caligrafía gótica de Alfred Krupp, se enteró con verdadero asombro de que la Berndorfer Metallwarenfabrik, ahora la principal industria metalúrgica de Austria, había sido fundada por Hermann, el hermano de Alfred, en 1843. Al barón le pareció vergonzoso que no existiera algún vínculo entre la Berndorferwerk y Essen.

Una fusión pareció inminente en un momento dado. El hijo de Hermann, Artur, no tenía descendencia; pero después de 1920 dictó un testamento nombrando al segundo hijo de Bertha como heredero suyo. Por desgracia para Claus, su primo carnal no estaba en condiciones de dejar nada a nadie. En 1927, la Berndorferwerk se hundió y el control de la empresa pasó a otros administradores, por lo que la firma pertenecía ahora legalmente a un grupo anónimo de accionistas austríacos. Por más que Claus había ido a estudiar ingeniería civil a la Grusonwerk, prepa-

rándose para lo que debía ser un futuro brillante, el adiestramiento pareció una pérdida de tiempo. De no ser por un milagro, el horizonte se presentaba sombrío.

Tilo consiguió este milagro con la ayuda de la Wehrmacht. El 3 de febrero de 1937, un año antes del Anschluss, se hallaba en Berlín exponiendo el caso de Claus ante la jerarquía nazi. «Querido Taffy —escribió Tilo a Gustav, desde su finca—. He hablado hoy con el ministro de Estado, Hans Lammers, quien va a tratar de hacer que el Führer te reciba, si es posible, en la próxima semana. Le dije que deseabas hablarle acerca de la posibilidad de comprar acciones austríacas, y... le rogué que la audiencia fuera lo antes posible, ya que estabas impaciente por arreglar el asunto definitivamente; además, el mismo Führer había prometido recibirte. Me dijiste que estarías aquí el lunes día 8. Entonces podré contarte los detalles personalmente» (48).

Uno no puede menos que desear haberse enterado de la entrevista celebrada entre Tilo y Gustav, ya que la breve nota anterior suministra la primera evidencia de que los Krupp eran los únicos tal vez, entre los 69.642.000 ciudadanos del Reich —elemento oficial aparte—, que tenían acceso a los documentos más delicados del Consejo del Gabinete Secreto (Geheimer Kabinettsrat). Sólo con una condición, los oficios de Hitler resultarían útiles al hijo de Krupp, y esta era efectuar una modificación del mapa de Europa, colocando la fábrica de Berndorf dentro de los límites del Reich. Por lo que el mundo sabía hasta entonces, no había posibilidad de que ocurriera eso. Berlín había reconocido la soberanía de Viena en el tratado austrogermano, firmado siete meses antes, y el Führer prometió dejar tranquilo a su vecino del Sur. No obstante, en unas cláusulas secretas, el doctor Kurt von Schuschnigg había traicionado al Ostmärkische Sturmscharen, la organización patriótica dedicada a la independencia austríaca, que él mismo había fundado. Procurando aplacar a Hitler, convino en liberar a los prisioneros políticos nazis, proporcionándoles puestos de «responsabilidad política».

Al mando de Artur von Seyss-Inquart, el jefe de los nazis austríacos, las tropas de asalto de Viena planearon conmocionar el país con manifestaciones diarias y actos de violencia, a lo largo de 1937. En la primavera de 1938 alzarían la bandera de la esvástica y declararían una rebelión abierta. Todo esto fue explicado a Seyss-Inquart en las órdenes que recibió de Rudolf Hess, el cual prometió que antes de que se disparase un solo tiro, la Wehrmacht intervendría a fin de evitar que «sangre alemana fuera derramada por alemanes». Austria quedaría así incorporada al Reich. Entonces, Claus recibiría algo que los Krupp consideraban que les pertenecía por derecho de familia (49).

Y eso fue precisamente lo que ocurrió. Después de «las cuatro semanas de angustia» (del 12 de febrero al 11 de marzo de 1938), los soldados del Führer se pusieron en marcha. Schuschnigg se vino abajo, y los dos países quedaron incluidos en la Unión de la Gran Alemania. Los vieneses nazis de rígidas botas maniataron a los judíos y los llevaron a que limpiaran las letrinas de las SS; el palacio del barón Louis de Rothschild fue saqueado —el barón pudo más tarde salir de Austria firmando la entrega de sus fundiciones de acero a los talleres Hermann Goering—, y Tilo recordó cortésmente a Berlín que, como uno de los vencedores, Krupp tenía derecho a una parte del botín. El 2 de abril, Tilo recibió una respuesta de Wilhelm Keppler, al que conocía como organizador del Freundeskreis der Wirtschaft, un grupo de negociantes que veneraban a Heinrich Himmler y que contribuyeron con millones de marcos a sus investigaciones arias.

Keppler acababa de ser nombrado Comisario del Reich para Austria.

Escribió: «He hablado con el Feldmarschall Goering, y éste no ha puesto objeción alguna para que su firma consiga la mayoría de las acciones de la mencionada empresa. Seguramente trataré el asunto también con el Ministerio de Comercio, aquí y hoy mismo... La transferencia de acciones en bloque ha sido prohibida por decreto del ministro de Economía del Reich; de ese modo, usted no se verá enfrentado con *faits accomplis* que le resulten indeseables.» Las negociaciones se prolongaron hasta fines de junio. Otras tres firmas alemanas se hallaban interesadas en la fábrica, y tenían que ser rechazadas. En Essen, el legajo Berndorfer (KA-14) fue haciéndose cada vez más grueso con las copias de cartas intercambiadas con funcionarios nazis. («Ya le dije en Viena que el ministro de Estado, Kepler me había informado de que el Feldmarschall Goering prometió a herr Krupp... que las acciones del Berndorfer Metallwarenfabrik Arthur Krupp A. G. le serían vendidas a él únicamente.») Así como de las quejas de Gustav acerca de sus inflamadas encías y del balneario («...los baños resultan a veces una verdadera prueba»), y también con las explicaciones que le daban de que el Kreditanstalt Bank, representante de los accionistas vieneses de Berndorf, presentaba objeciones impertinentes, ante la liquidación de la firma. Ese mismo verano se consumó al fin la forzada venta, y Krupp pagó ocho millones y medio por unos efectivos que, de acuerdo con la propia hoja de balance de Essen, valían veintisiete millones (50).

Comparado con los últimos latrocinios de Alfried, eso no era más que una insignificante ratería. De todos modos, constituyó un presagio, y nos da un indicio de lo que había sucedido con la moral de las clases privilegiadas alemanas desde 1914. Durante dos siglos, el código prusiano había proscrito el saqueo. Después de que Napoleón venció a Höhenlohe-Kirchberg y a Rüchel, en Jena, las derrotadas tropas teutonas prefirieron temblar de frío durante el crudo invierno de 1806-1807, antes que cortar madera de los bosques privados. Tilo había sido educado en semejante tradición. A pesar de todo, no vio nada malo en aquella confiscación de bienes austríacos. Ese mismo año, los nacionalsocialistas siguieron alentando la resurrección de cantos populares alemanes, y gozó de una especial popularidad en el Ruhr, el titulado *Im Wald da sind die Räuber.* (En los bosques hay ladrones). Los Kruppianer lo cantaban alegremente, sin que nadie pensara en el sarcasmo del título. La adquisición de la nueva empresa fue, en realidad, un motivo de orgullo. Una vez que la nueva fábrica se transformó para la fabricación de armas y fue integrada en el Plan Cuatrienal de Goering, Wilhelm Berdrow, el historiador oficial de la familia, en esa época, escribió que «el Anschluss de Austria al Reich alemán, en marzo de 1938, tuvo la beneficiosa secuela, por lo que a la firma Krupp se refería, de que una antigua fábrica establecida por los hermanos Krupp [sic]... sería incorporada a la Muttergesellschaft de Essen». Eso es precisamente lo que ocurrió. Claus se hallaba en servicio activo como Oberleutnant de la Luftwaffe, de modo que Bertha se hizo cargo de la nueva propiedad. Hasta que se estrelló sobre el bosque de Hürtgen, el 10 de enero de 1940, cuando probaba un nuevo tipo de máscara de oxígeno para vuelos a gran altitud, Claus actuó como virrey de Bertha, empleando sus períodos de licencia en el despacho principal del Berndorfer; era un joven oficial subalterno que presidía una empresa de muchos millones de marcos (51).

No había la menor posibilidad de que Alfried lograse siquiera el permiso para poder demostrar en el frente su fidelidad a la causa. La muerte de Claus incrementó la tarea que iba recayendo sobre sus hombros. Desde la anulación del Tratado de Versalles, esta carga había ido aumentando a un ritmo acelerado. Tres años antes de que el espectro del Kruppstahl

avanzara hacia Varsovia, mientras el Konzern se aplicaba a armar al Reich y a fabricar blindajes, torrecillas y cureñas de cañones para la *Westwall* (Línea Sigfrido), Gustav no cesó de acumular tareas por todo el imperio en expansión del Führer. Algunos economistas de aquel período describen la gigantesca empresa vertical como un pulpo, expresión muy adecuada. La reconstruida Gusstahlfabrik —una amalgama de ochenta y una fábricas diferentes— siguió siendo el corazón del monstruo. Junto con los talleres contiguos de Borbeck, esas factorías formaban una especie de gran burbuja que se extendía sobre el mapa del Ruhr. Desde ella invisibles tentáculos partían en todas direcciones. Aparte de las subsidiarias de plena posesión de Rheinhausen, Magdeburgo, Hamm, Annen y Kiel, Krupp controlaba otras 110 firmas, incluyendo la fábrica Skoda; las inversiones eran tan sustanciales, que a menudo dictaban la política a seguir por otras 142 compañías alemanas en las que participaba Krupp.

Nada podía afectar aquella preponderancia, ni siquiera la competencia, ya que una comisión del Reichsverband, establecida por el régimen y dirigida por Gustav, había unido a los industriales en grandes monopolios, pues Krupp arguyó que la libre empresa podía arruinar la economía alemana. Hasta los nazis se mostraron algo reacios a esto. Pero los barones presionaban y el Gobierno accedía. Se redactaron dos de estas leyes de monopolios, que se describieron como medidas de urgencia, pero en el Tercer Reich las medidas de emergencia tendían a hacerse permanentes. Los decretos se transformaban en una parte del código legal del Estado (52).

En el extranjero, las chimeneas de Bertha manchaban, asimismo, los cielos de casi todos los países de Europa, desde Bélgica a Bulgaria, desde Noruega a Italia. Sus beneficios fueron reinvertidos en la compra de más de la mitad de las acciones de 41 firmas extranjeras, y en una buena parte de las acciones de otras 25. Había millares de minas de carbón y de mineral de hierro que pertenecían a Krupp, algunas con pozos que penetraban más de un kilómetro hacia abajo, en la corteza terrestre. Si alguna empresa industrial pesada era rentable y alemana, con toda probabilidad pertenecía a fräulein Krupp. Además, ésta era dueña de una cadena de hoteles, de un grupo de instituciones bancarias, de diversas fábricas de cemento y, por si concluía la revolución industrial y el reloj de los tiempos volvía dos siglos atrás, poseía una veintena de haciendas, que producían cereales y ganado suficientes para mantener a la familia durante tres generaciones. De tal modo, Gustav podía asegurar a su mujer que, pasara lo que pasare con el Reich, el linaje de los Krupp podría sobrevivir al régimen (53).

A pesar de la pasión de Gustav por los detalles, no podía con todo aquello. A semejanza del presidente de Estados Unidos, tenía su propia Constitución (el Generalregulativ de 1872), un cuerpo de consejeros especiales (el Aufsichtsrat), un gabinete gubernativo (el Vorstand), un subgabinete (el Prokura) y un Congreso (Bertha). Rara vez se trasladaba a Berlín si no era para visitar al Führer. De igual forma, los invitados de Villa Hügel se limitaban ahora a Hitler, Mussolini, unos pocos japoneses, jerarcas nazis y algunos almirantes y generales selectos. Tan compenetrado estaba Krupp con los que hacían y deshacían reputaciones, que el oficial que recibía su primer invitación para visitar Essen, podía estar seguro de que le esperaba un ascenso o una misión de importancia vital. La asistencia de Gustav a cualquier acto nacionalsocialista confería a éste gran importancia, y a semejanza de los gobernantes, se veía obligado a rechazar invitaciones que no se hallaban a su altura. En eso, el servicio diplomático que prestara con el Gobierno prusiano le resultó de inestimable valor. Solía enviar emisarios, y la importancia de un grupo podía

ser juzgada por el rango del funcionario de Gustav que ocupaba la cabecera de la mesa.

Durante el otoño de 1938, el *Komissar* del Plan Cuatrienal iba a dirigir una conferencia a los magnates del hierro y el acero en Düsseldorf. Por importantes que fueran sus ocupaciones, el príncipe consorte debía asistir al acto. La estrella de Goering, aunque alta, comenzaba a levantarse aún más. En los últimos meses fue nombrado *Feldmarschall* y dictador económico del Reich. Pero en el último momento envió sus disculpas a la reunión, diciendo que no podía presentarse, y Krupp, naturalmente, hizo lo propio. De todos modos, la ocasión resultaría importante. Los ayudantes de *Unser* Hermann iban a revisar las realizaciones económicas conseguidas recientemente en la patria. El 4 de noviembre, los industriales se reunieron en una atmósfera de camaradería e interés. Antes, incluso, de que los oradores les dijeran que estaban realizando un buen trabajo, ellos ya lo sabían. Eran los principales beneficiarios del auge del armamento. Sus contables rompían todas las marcas anteriores de beneficios. Durante aquel año, los potentados habían efectuado transacciones bancarias por valor de cinco mil millones de marcos, y desde la última reunión sólo Krupp había duplicado sus pedidos de armas, según constaba en los libros. El horizonte seguía estando despejado. En el futuro, las fábricas no sólo estarían exentas del peligro de las huelgas, sino que el Plan Cuatrienal, por intermedio de sus administradores, había completado el vasallaje de los asalariados decretando el servicio laboral. Los obreros tendrían que trabajar donde se les ordenara. El ausentismo se castigaría inmediatamente con multas, y hasta con sentencias de cárcel (54).

En medio de estas espléndidas perspectivas en Düsseldorf sólo se apreció una nota discordante: los emisarios de Gustav eran sus dos lugartenientes de más confianza, pero los industriales notaron que llegaban en automóviles separados, y que se ignoraban el uno al otro durante las conversaciones. Uno de ellos era Alfried, quien habiendo completado su largo aprendizaje, era ahora miembro del Vorstand con plenas facultades. El otro, un genio industrial, de cincuenta años, llamado Ewald Oskar Ludwig Löser, tenía un asombroso parecido físico con Goering. Löser sólo era miembro de la firma desde hacía catorce meses, pero por todo el Ruhrgebiet se sabía que era el dirigente más capacitado de Krupp desde que Hanss Jencke renunciara después del suicidio de Fritz Krupp. Era el director de nueve de las compañías del Konzern, y el motor que hacía funcionar a otras diez afiliadas.

Los observadores dedujeron que la tensión entre los dos hombres se debía a una querella sucesoria, a una lucha por el poder, que ya comenzaba a escapársele de las manos al anciano Gustav. En parte, eso era cierto. Alfried seguía siendo el heredero de Bertha, pero se hallaba ante un conflicto. Su madre se opuso con vehemencia a su casamiento con una divorciada. Había bastantes posibilidades de que fuera desheredado, en cuyo caso el dinámico Löser se convertiría probablemente en el sucesor de Gustav en los negocios. Pero los dos delegados de Krupp en la conferencia de Düsseldorf igualmente hubiesen tropezado, ya que existía entre ellos una querella. Más tarde, en contestación a un interrogatorio llevado a cabo por los norteamericanos, Alfried explicó: «Yo mismo no podía ejercer influencia alguna sobre Löser, debido a mi juventud, y probablemente no reconocí su política de negocios en aquel entonces —hasta 1941— en todo su valor... Me di cuenta de que en los departamentos de Löser las viejas tradiciones de Krupp se habían desvanecido en gran medida... Löser llegó a tener una posición sumamente sólida ante Krupp... Era considerado, dentro y fuera de la firma, como el verdadero representante de Krupp» *(der wahre Vertreter des Krupp Konzerns)* (55).

Pero se trataba de algo más personal que todo eso. Alfried y Löser eran dirigentes con creencias y personalidades opuestas, diferencias que llevaron a Löser por un camino peligroso. Alfried no lo supo, y hubiera dado bastante por la información, pues ésta habría contribuido a resolver su problema, al permitirle eliminar a su rival. Paradógicamente, la desventaja secreta de Löser residía en haber sido elegido por Gustav. El senil Krupp, al saber que su esposa no veía claras las perspectivas de Alfried, inició la búsqueda de un negociante de talento sobresaliente. En 1937 le presentaron a Carl Goerdeler en la propiedad sajona de Tilo. Bien impresionado, Gustav le pidió que se uniera a la empresa. Pero el Führer vetó la elección. No dio razones, pero tenía una excelente: Goerdeler había renunciado a la alcaldía de Leipzig como protesta contra la destrucción de la estatua de Mendelssohn a manos de los nazis (56).

Cuando Krupp tartamudeó al decir que debía retirar su propuesta, Goerdeler le dijo suavemente que se olvidara del asunto. Tenía otros planes, y de haberlos conocido, Gustav, como nazi leal, se hubiera visto obligado a denunciarle. El antiguo alcalde proyectaba hacer una gira por Inglaterra, Francia y Norteamérica para pedir a sus gobernantes que combatieran el nazismo. Después de un golpe de Estado, él mismo se convertiría en jefe del Gobierno de Alemania. Esta era la base de la extraña intriga que alcanzaría su apogeo seis años más tarde, con el atentado contra la vida del Führer. La conspiración ya había sido tramada y comprendía la formación de un Gobierno. Pero Krupp, sin saberlo, siguió disculpándose ante el hombre al cual, incomprensiblemente para él, humillaba el Führer. Incluso solicitó su consejo acerca de buenos elementos en relación con los negocios. Goerdeler le dio un nombre, Ewald Löser, el cual había sido su Bürgermeister cuando él era Oberbürgermeister. Krupp conoció a Löser, se sintió cautivado por él, e Hitler dio esta vez su asentimiento. El error era comprensible, ya que nadie sino el hombre que le había recomendado a Gustav sabía que Löser era una figura clave en el Gobierno que se formaría cuando el Führer fuese eliminado. Y Löser no cambió de parecer con su llegada a Essen. La estrella más brillante en la constelación de directivos de Krupp, la amenaza del futuro de Alfried, era tan desleal como podía serlo un alemán durante los años entre 1930 y 1940. De hecho, se disponía a colaborar en el asesinato del propio Hitler (57).

16

Es un honor ser un miembro de las SS

El último de los Krupp había alcanzado su mayoría de edad el 13 de agosto de 1928, dos años después de que Koch und Kienzle hubieron perfeccionado el diseño de los nuevos panzer del Reich, y diecinueve años antes de que su contemporáneo, Horst Wessel, fuera asesinado en una calle de Berlín. La perspectiva resulta importante. Después de su proceso en Nuremberg, un portavoz de *die Firma* manifestó a los periodistas extranjeros que Alfried había sido un joven erróneamente guiado durante la Segunda Guerra Mundial, y la explicación fue ampliamente aceptada. John J. McCloy, al liberarle de la cárcel, declaró que había «dudas de que fuese responsable de la política de la compañía Krupp, donde había ocupado una posición más bien subordinada» (1). En realidad, Alfried tenía un año más que el general Telford Taylor, su acusador. Pertenecía a la generación de Martín Bormann, Heinrich Himmler y Reinhard *(«der Henker»)* Heydrich. Baldur von Schirach, gauleiter de Viena, nació el mismo año que Alfried; Adolf Eichmann, el año anterior.

«Era la época. Todos ellos eran idealistas, con poco más de veinte años», aseguró posteriormente un antiguo conocido de la familia. Alfried se comprometió temprano. En tanto que Gustav comenzaba a considerar las posibles ventajas de colocar los recursos de la familia al amparo de Hitler, su hijo ya contribuía a los fondos del partido nazi con el dinero que le asignaban. «Durante el verano de 1931 —escribió posteriormente Otto Dietrich—, el Führer decidió repentinamente cultivar las relaciones con los magnates industriales influyentes», y en esa época, un año antes de que Eichmann vistiera la camisa negra de las Schutzstaffel (SS), Alfried ingresó en la SS Fördernde Mitgliedschaft (miembros patrocinadores), una subdivisión de elementos selectos. Entonces Alfried estudiaba ingeniería civil en el Colegio Técnico de Aquisgrán. A cambio de su cuota mensual y del juramento de fidelidad a las SS, recibió una suscripción a la revista del Schutzstaffel, un brazalete numerado con la esvástica y una inscripción circular que decía: *Dank der SS für treue Hilfe in der Kampfzeit.*» («Gracias a las SS por la fiel ayuda en época de lucha»), y también un libro de miembro de la organización en el que podía leerse un entusiasta poema del Reichsführer Himmler, jefe de los camisas negras, que decía:

Es ist eine Ehre, SS-Mann zu sein,
Es ist eine Ehre, Förderndes Mitglied zu sein;
Tue jeder weiter seine Pflicht,
Wir SS-Männer und ihr Fördernden Mitglieder,
jeder an seiner Stelle:
Und Deutschland wird wieder gross werden.

Es un honor ser un miembro de las SS,
Es un honor ser un FM;
Que cada uno de nosotros cumpla con su deber,
nosotros, los SS-FM, en nuestros puestos:
Y Alemania de nuevo será grande (2).

El número de Alfried como miembro del partido nazi era alto —el 6.989.627—. Alfried permaneció alejado del organismo principal hasta 1938, en que el Führer consolidó su poder. El hijo tal vez estaba esperando por el padre, o a que fueran suprimidos los socialistas de la clase media. Pero esto tiene escasa importancia; su fiel ayuda a las belicosas SS, en 1931, le coloca claramente en vanguardia del movimiento. Igualmente resulta claro que se sentía orgulloso de su carácter de antiguo miembro, y siguió haciendo donaciones a Himmler hasta el estallido de la guerra, en que la rama de las SS a que Alfried pertenecía se disolvió. Mientras tanto, se unió a otras varias organizaciones nacionalsocialistas, comprendido el cuerpo nazi de aviación, ya que el entusiasmo de Claus por los aviones se le había contagiado. Pero Alfried desdeñó la Luftwaffe y prefirió una escuadrilla del partido. También allí demostró sus cualidades, ya que en seis años ascendió de segundo teniente (NSFK-Sturmführer) a coronel (NSFK-Standartenführer) (3).

Y a pesar de todo, no parecía lo que era. En realidad, tenía una gran semejanza física con el Gran Krupp. Como Alfred, Alfried se caracterizaba por su estrecha cabeza, altos arcos superciliares, nariz aquilina, pómulos hundidos, boca sardónica y rostro largo y delgado. Los dos eran parecidos en otros aspectos, asimismo tímidos, retraídos, inquietos... Ambos con la misma mente hermética. Pero en algunos aspectos conocemos mejor a Alfred a causa de lo mucho que escribía. Por el contrario, Alfried rara vez trasladaba al papel una frase innecesaria. Y aunque su apoyo a la causa nazi le hacía a uno esperar en él ciertas características —una mirada fría o un mentón pronunciado, como los de Otto Skorzeny, otro de sus contemporáneos del partido—, esas peculiaridades no se manifestaban en él. No presentaba cicatrices de duelos estudiantiles, ni usaba monóculo. Raramente daba taconazos al saludar, y jamás se afeitó el cráneo. Por el contrario, la mayor parte del tiempo necesitaba un corte de pelo. Su apretón de manos era esponjoso, y en su trato con los desconocidos era reservado y cauto. Sonreía forzadamente, sólo curvando las comisuras de la boca, y moviendo apenas el labio inferior, algo colgante. Lo que más llamaba la atención en él eran sus ojos, que nunca cesaban de mirar de un lado a otro, como si usara unas lentes de contacto que le incomodasen. Sus ojos estaban hundidos en las cuencas y eran desvaídos.

Sir William Elliot, el aviador inglés, le conoció en casa de un amigo de ambos, y comentó posteriormente que Alfried era totalmente lo contrario de su concepto de un potentado prusiano (4). A decir verdad, los modales reservados e impersonales de Alfried eran más británicos que prusianos. Esto no carecía totalmente de sentido, ya que la anglofilia de la aristocracia germana sobrevivió a los acontecimientos de 1918. Gustav envió a Claus y a Berthold a estudiar a Oxford. El hijo de Tilo von

Wilmowsky, Kurt, se disponía a seguirles allí, y en sus paseos vespertinos, Bárbara Krupp Wilmowsky usaba un traje sastre de «tweed» inglés, ancho sombrero de fieltro, zapatos de punta cuadrada, y utilizaba un grueso bastón de caminante. Cuando regresaba a su casa, se tomaba unas tazas de té. El más famoso de los sobrinos de Bárbara bien podía haber pasado por británico. Con sus rasgos huesudos y algo equinos, Alfried hubiera sido un actor inglés sin empleo, por ejemplo, o un excéntrico contable de las Midlands. No tenía aspecto de hacendado, pues le faltaba algo para eso: cierta desenvoltura, un sentido de seguridad en sí mismo que jamás llegaría a adquirir. Esto resulta desconcertante, ya que sus realizaciones posteriores, que en algunos aspectos superarían a las de Alfred, casi indicarían la presencia de esas cualidades que le faltaban. En realidad, más se da uno cuenta de las tremendas contradicciones que había en él. No hay ningún antecedente en ello; podría decirse que era uno de esos hombres misteriosos tan gratos a los periodistas, un Hombre Desconocido.

Tal vez nadie llegó a conocer bien a Alfried. Uno de sus hermanos declaró en cierta ocasión a este escritor: «Tiene un enorme dominio de su persona. No siempre resulta fácil, ni para mí mismo, entrar en contacto con él.» A un conocido, el mismo Alfried le dijo después de la guerra: «Mire, yo no me parezco a ninguno de mis hermanos o hermanas, exceptuando a Waldtraut, que ahora vive en Argentina.» Uno de sus antiguos conocidos se asombró de su encuentro con él, el año siguiente a la liberación de Alfried de la prisión de Landsberg para criminales de guerra. Los dos hombres se habían visto antes en Berlín, en enero de 1942. Diez años trascendentales habían pasado y había innumerables cosas de que hablar. Alfried entró en la estancia, inclinó ligeramente la cabeza, y dijo: «Ah, hola» (5).

Para entonces, Alfried se había convertido en «el Krupp», con facultades plenas para gastar su tiempo y su fortuna como quisiera. Sus preferencias resultan interesantes. En la mayor parte del terreno de Hügel hay amplios prados, pero un rincón está poblado por densos arbustos, y allí, lo más lejos posible del castillo, Alfried hizo construir una casa de quince habitaciones. Se aseguraba la intimidad con la erección de una valla de alambre de espino, y la caseta de un vigilante. Dentro de aquel hogar vivía apaciblemente con cinco criados, pasando a menudo en solitario sus veladas, en que bebía whisky White Horse y fumaba uno tras otro los Camel que iba sacando de una pitillera de oro alargada, costumbre que había adquirido al comenzar los años treinta.

No iba a la iglesia ni asistía a conciertos, y rara vez cogía un libro. La filantropía le empalagaba. A pesar de todo, gastó grandes sumas de dinero. Por las tardes, y en las vacaciones, se dedicaba a caros pasatiempos: navegaba en el *Germania V*, su yate de veintidós metros, partiendo de su fondeadero en la isla de Sult, en el mar del Norte; volaba en su avión privado a reacción, grababa en magnetófono música clásica, y se dedicaba a sacar fotografías durante sus viajes. También tomaba películas, a las que añadía su propia banda sonora en el complicado laboratorio que tenía en su mansión. El minucioso libro de notas de su cámara oscura nos indica que empleó 522 horas en una sola película. Cuando regresaba de un viaje por el extranjero, publicaba en forma de libro sus instantáneas en color, en ediciones de cuatrocientos ejemplares. Esos volúmenes le costaban cuarenta dólares cada uno, y los enviaba como regalo a los jefes de Estado y a ministros de Gobierno —es decir, a clientes en potencia— de los países a que correspondían las fotografías. A semejanza de su bautizo, celebrado en 1907, resultaron un buen negocio (6).

Las fotografías, sin embargo, no eran buenas. A pesar de estar pro-

visto de las mejores cámaras alemanas, y de ser adiestrado por expertos, Alfried no se preocupaba demasiado de los temas. Enfocaba el Taj Mahal, consultaba el fotómetro, y ¡clic!, había hecho una trivial tarjeta postal de las que pueden conseguirse centenares en Nueva Delhi por unas pocas annas. En Egipto se colocaba ante la Esfinge, ajustaba sus instrumentos y se marchaba con una vulgar copia como la que uno ha visto un millar de veces. Sus películas tenían el mismo defecto. En el filme de un safari, tomado desde una camioneta, se muestra a un león. En la banda sonora, la débil voz de Alfried explica que se trata de un león. Y eso es todo. De sus pensamientos, de su interés, o incluso de la velocidad que llevaba el vehículo, no nos enteramos. *Sachlichkeit,* objetividad. El Reichsführer lo hubiera aprobado.

Casi todas sus escenas tienen una cosa en común: la ausencia de personas. Tanto en el arte como en la vida, Alfried se mantenía alejado de la gente. Al examinar sus fotografías de paisajes japoneses, templos de Siam, balnearios de Benarés, o puestas de sol en Ceilán, inesperadamente aparece en una un ser humano. Se trata del propio Alfried, y no es una fotografía corriente. Colocándose ante espejos enfrentados, había creado una asombrosa escena de innumerables Alfried que se alejan a la distancia, la mitad de ellos enfrentándose a la cámara, y la otra mitad vueltos de perfil. El resultado era una alegoría gráfica de su personalidad, y causaba asombro teniendo en cuenta los juicios anteriores que uno hubiera hecho de él (7).

La metáfora es aún más profunda. Por cada imagen que tenemos de Alfried enfrentándose a uno, hay otra imagen opuesta. Alfried era incomprensible, pero también eminente. Tenía un aspecto difuso, y a pesar de ello, cuando las tropas británicas reunieron a los principales industriales del Ruhr, en Recklinghausen, durante el año 1945, los demás prisioneros eligieron inmediatamente a Alfried como jefe del campamento. Parecía vacilante, pero llevó a cabo las principales decisiones de la empresa durante un cuarto de siglo, y las diferencias entre sus hermanos menores eran resueltas por el mayor, que siempre les vigilaba. Aunque era un introverso, llevó una vida aventurera. A comienzos del régimen nazi fue un osado aviador; treinta años después, con sus coches deportivos, hechos especialmente para él, pasaba por las calles de Essen a velocidad de relámpago. Navegaba en su velero por el mar del Norte, bajo galernas de fuerza ocho, hasta que sus hirsutas cejas se cubrían de sal, y cuando algún capitán aviador era expulsado por temeridad o imprudencia, Alfried no tardaba en contratarle para que pilotase su aparato a reacción privado (8).

No se le conocía la compasión. Era tan despreocupado y frío sentimentalmente, que se le podía considerar como un tullido emocional. A pesar de todo, tuvo sus vínculos, algunos de ellos muy fuertes. Antes de su proceso de posguerra, manifestó sinceramente al doctor Max Mandellaub, un interrogador norteamericano, que había apoyado al nazismo desde el comienzo, porque «era la única posibilidad de poner de nuevo a Alemania en pie», y se fue a la tumba negándose a repudiar a Hitler (9). Su lealtad a la Casa de los Krupp era inalterable. Por tarde que se hubiera acostado la noche anterior, por mucho whisky que hubiese consumido, por rebosantes que quedaran los ceniceros de su salón, cuando se hallaba en el Ruhr se levantaba temprano y se dirigía al Hauptverwaltungsgebäude en su «Porsche» color gris perla, efectuando diestramente los cambios de velocidad en cada esquina, como un corredor de carreras.

Realmente, Alfried difícilmente hubiera pasado inadvertido en Essen. Diez matrículas de la ciudad estaban reservadas para sus automóviles, y todas comenzaban con las letras ERZ, porque *Erz* significa «mineral»

en alemán. Los recuerdos de su linaje le rodeaban por todas partes. Durante sus recorridos en coche pasaba por calles que llevaban el nombre de una de sus hermanas, cuatro de sus hermanos, de su padre, su abuela, su bisabuela y su bisabuelo, y su tatarabuela y su tatarabuelo, e incluso del propio Arndt, que lo inició todo explotando la situación cuando aquella lejana peste bubónica. En conjunto, más de un centenar de calles de la ciudad llevaban nombres de miembros de la familia Krupp y de algunos fieles empleados, por no mencionar los parques, hospitales y polígonos de viviendas. En cualquier otra localidad alemana, la Wilhelmstrasse honraba al kaiser, pero en Essen era un tributo a Therese Wilhelm Krupp (1790-1850). En todas partes, la Graf-Spee Strasse glorificaba el nombre del almirante germano; en Essen evocaba un producto de Krupp, el acorazado de bolsillo que luchó valientemente por el Führer y el Reich en el principal combate de la Segunda Guerra Mundial (10).

Al llegar a su despacho —siempre a las nueve y media de la mañana, justamente—, un policía de Krupp, uniformado de azul, recibía al ocupante del «Porsche» con un marcial saludo, llevándose la diestra a la visera. Alfried movía una mano en desganada respuesta, y dejaba el coche estacionado junto a la acera. Nunca le pusieron una multa, posiblemente debido a que en la ciudad había más policías de Krupp que del municipio. Esto constituía un verdadero anacronismo, siendo la mayor ciudad-compañía del mundo. Los tres círculos de Krupp aparecían por todas partes: en paredes, cajas de cerillas, floreros, y si uno trataba de huir de todo aquello refugiándose en una cervecería, los jarros llevaban el contraste del Kruppstahl. El bürgermeister de Essen era un Kruppianer retirado. El auditorio de la ciudad se hallaba reservado para importantes actos de la empresa. Estaba prohibido erigir cualquier nueva construcción en la orilla sur del Ruhr, ya que ello estropearía el panorama que divisaba Alfried desde Villa Hügel. Hasta el obispo católico de Essen usaba un anillo con una pieza engastada con mineral de Krupp. Cuando Essen diseñó en 1960 un anillo que sería otorgado a las personalidades más distinguidas del mundo, las autoridades municipales convinieron en que la única persona digna de tal honor era... Alfried Krupp von Bohlen und Halbach (11).

Este ambiente de comienzos de la década actual era muy semejante al que imperaba en la juventud de Alfried, cuando el título de Krupp pertenecía a Gustav, y Alfried aún era herr Von Bohlen und Halbach. La diferencia reside en que durante los años treinta, el último no había ascendido aún al trono; era el futuro monarca, el cual estaba siendo educado por el más concienzudo de los príncipes consortes. El joven heredero pasó cinco años completos estudiando en Aquisgrán, y esa fue la tercera escuela universitaria a la que asistió. Comenzó en 1925, dedicando cuatro años a estudiar química, física y metalurgia, primero en Munich y luego en Berlín-Charlottenburgo. En 1934, después de pasar casi diez años en clases y laboratorios, Aquisgrán le concedió el título de ingeniero diplomado *(Diplomingenieur)*, con matrícula de honor. Cualquiera podría pensar que ya había recibido la enseñanza necesaria, pero Gustav no era del mismo parecer. Quería estar seguro de que el siguiente Konzernherr estaría familiarizado con todos los aspectos del negocio, y por ello le colocó como aprendiz, con un salario de doce pfennig por hora. Como futuro propietario de la empresa, Alfried no pasaría demasiado tiempo en fundiciones y entre montañas de escoria; necesitaba experiencia en niveles más altos. En consecuencia, después de graduarse en Aquisgrán, trabajó como empleado sin paga *(Volontär)* en el Dresdner Bank, de Berlín, aprendiendo todo lo relacionado con las altas finanzas. En noviembre de 1935 abandonó Berlín y comenzó un curso de orientación

de once meses en el Hauptverwaltungsgebäude. El 1 de octubre de 1936, diez meses antes de cumplir los treinta años, Alfried fue nombrado director delegado en una aparatosa ceremonia realizada en el Kapenhöhe, un auditorio de la empresa Krupp. Carl Görens le presentó a los directivos allí reunidos; luego, Alfried se puso en pie y avanzó por el pasillo, estrechando la mano de sus futuros subordinados y recibiendo sus felicitaciones (12).

Alfried ya había visto a Hitler en una ocasión, durante el discurso de éste en la Sala Hindenburg, y cuando el Führer visitó Essen, a continuación, el joven Krupp le fue presentado como miembro con plenos derechos de la junta a cargo del rearme. Mientras tanto, Alfried parecía estar llevando la mejor de las vidas, en el Tercer Reich. En el segundo piso de Villa Hügel, sus padres le habían dispuesto una *suite* privada, cuyas paredes estaban tapizadas de excelente cuero oscuro. Su nombre y posición le permitieron intervenir en la gerencia de otras veinticuatro compañías y Bancos de Alemania. Las crecientes responsabilidades de Altendorferstrasse eran su preocupación principal, indudablemente; según las palabras de un escritor: «*Er empfand dieselbe Liebe für seine Firma, die andere für ihr Vaterland und ihren Glauben empfinden*» («Se aplicaba a la compañía con la misma devoción que otros se dedican a su patria o a su fe.») De todos modos, un hombre normal necesita descansar de vez en cuando. Durante los fines de semana, Alfried tenía para elegir una variedad de distracciones. Pertenecía al Yacht Klub del Reich, al Automobilklub, al Aero-Klub, a la Hochseesport-Verband Hansa (Asociación de Deportes Marítimos), al Turn und Fechtklub (Club de Gimnasia y Esgrima), al Luftsportverein (Club de Deportes Aeronáuticos), al Deutsch-Osterreichischer Alpenverein (Club Alpino Germanoaustríaco), y en los días de lluvia podía concurrir al Deutsche Adelsgenossenschaft (Asociación de la Nobleza Alemana), bajo cuyos auspicios cualquiera que tuviese un privilegiado Von en su apellido, podía departir con sus componentes y gozar de una aristocrática compañía (13).

A pesar de todo, el cielo de Alfried no era tan claro como parecía. Mientras su padre se hallase al frente existirían algunas nubes exasperantes. Y es que satisfacer a un padre tan exigente resultaba poco menos que imposible. Durante el verano de 1934, la familia se hallaba de vacaciones en Schleswig-Holstein, y Gustav descubrió que la escuela de yates de Glücksburg acababa de ser asimilada por la marina de las SA. La mayor parte de las actividades de las SA resultaron sospechosas después de la purga de Röhm, pero su marina era una excepción. Además, Gustav pensaba dar a todos sus hijos una instrucción militar. Por tener sólo once años, Eckbert quedó eximido. Harald renunció por la convincente razón de que, como miembro de la desafortunada clase de 1916, estaba obligado a pasar seis meses en el servicio laboral obligatorio nazi, además de hacer dos años de servicio militar. Alfried, Claus y Berthold no tuvieron excusa alguna y debieron enrolarse y hacer ejercicios militares día tras día. Sus nombres fueron inscritos en los archivos de las SA. Durante los años que siguieron, los camisas pardas se presentaban a menudo ante Berthold pidiéndole que asistiera a éste o al otro mitin, lo cual le disgustaba profundamente (14).

Claus, en cambio, se mostraba muy satisfecho con todo aquello. El segundo hijo de Gustav se acercaba mucho al ideal ario. Apuesto, rubio y fornido, soñaba con la gloria marcial. Nadie de la familia recordaba una sola disputa seria entre Claus y su padre. Las perspectivas futuras del joven en el Berndorferwerk de Austria le complacían enormemente, y el

22 de setiembre de 1938, seis meses después del *Anschluss*, contrajo matrimonio con una muchacha vinesa en Baden. Gustav y Bertha se mostraron muy contentos; el enlace contribuía a fortalecer la dinastía, y era el segundo casamiento que se celebraba en la familia ese mismo año. Ante la sorpresa y alegría de sus padres, Irmgard, la menos agraciada de sus vástagos, conquistó el corazón de un aristócrata. El 6 de abril se convirtió en la baronesa Von Frenz, en una ceremonia civil celebrada en el Rathaus de Bredeney. La boda fue seguida por una fastuosa fiesta en Villa Hügel, la última gran ceremonia en el castillo, antes de los funerales de Claus. Si Irmgard podía casarse bien, cualquiera podía hacerlo, por lo que el Prinzgemahl, que iba entrando en la ancianidad, al acercarse a los setenta años, podía contemplar serenamente la culminación de su existencia (15).

Por desgracia, Alfried resultó ser un problema. El conflicto entre Gustav y el más fuerte de sus hijos era inevitable. Sólo faltaba por ver cuándo surgiría. En política y en la empresa, ambos iban de acuerdo, y la designación por parte de Hitler del heredero de Krupp como Wehrwirtschaftsführer el 11 de agosto de 1937, con responsabilidades para el Plan Cuatrienal iguales a las de su padre, fue un motivo de orgullo para el viejo Krupp. Las dificultades residían en la vida privada de Alfried. Ya en 1926, cuando tenía dieciocho años, se convirtió en fuente de disgusto para sus padres. Gustav le acusó de frivolidad, de dedicar escasas horas a preparar sus exámenes, y de perder el tiempo «vagando por Munich». Alfried ganó su primera disputa. Deseaba un veloz coche de carreras, y después de un prolongado tira y afloja con su padre, éste le dio el dinero necesario. Así recorrió Munich en un «Simson» de color rojo. Más tarde, en Aquisgrán, consiguió un «Austro-Daimler» que llevó con él a Berlín. Durante el verano y el otoño de 1935 pasó raudo por las carreteras de la mayor parte de Europa Occidental. Tal vez se hallaba cansado de sus interminables estudios, quizá la vida de empleado del Dresdner Bank le resultaba aburrida. El caso es que se le vio en los principales balnearios del sur de Europa, en París, y en los clubs de Estoril, en la costa portuguesa. Ese no era el comportamiento adecuado para un SS y menos aún para un Krupp. Gustav frunció aún más el ceño (16).

La escapada fue breve, y tal vez disculpable. Antes de la llegada del invierno, Alfried estaba de vuelta en el Ruhr, felicitando a Max Ihn por su nuevo nombramiento como jefe de contraespinaje (Spionageabwehr) de la empresa, y aplicándose a estudiar los planos de los submarinos que había sobre su nuevo escritorio. Durante el resto de su vida, Alfried se vería abrumado por las responsabilidades. Por desgracia para la armonía familiar, sin embargo, en Berlín se enamoró de Anneliese Bahr, una apacible rubia hija de un comerciante de Hamburgo, y tomó la decisión de casarse con ella. Esta vez tuvo que enfrentarse con su madre, pues Bertha era tan opuesta al divorcio que en una ocasión obligó a renunciar a un director de la firma que había dejado a su esposa; Bertha dijo que la trastornaba sólo verle. Cuando se enteró de que Anneliese había estado casada, se mostró implacable.

Al propio tiempo, las discretas averiguaciones efectuadas por Gustav le permitieron saber que la hermana de Anneliese se había casado con un judío y se marchó a Sudamérica con él. «¿Acaso pretendía Alfred emparentar con semejantes personas?», le preguntó lleno de indignación. Pero Alfried tenía esas intenciones. Legalmente, no había forma de detenerle. A fin de evitar la «contaminación racial», los miembros de las SS no podían casarse sin el permiso de Himmler, pero los que ostentaban brazaletes numerados quedaban exentos de tal requisito. Por consiguiente, el 11 de noviembre de 1937, según los archivos familiares, contrajo lo

que sus padres consideraron un matrimonio morganático en el suburbio berlinés de Wiesenburg. El 24 de enero de 1938, de acuerdo con una nota firmada por su abogado de Nurenberg, la novia dio a luz un hijo en Berlín-Charlottenburgo. En la nota no figuraban los comentarios de la nueva abuela (17).

El niño recibió los nombres de Arndt Friedrich Alfried von Bohlen und Halbach, en honor a su padre, al primero de los Krupp, y al padre de Bertha. Pero esto no sirvió para aplacar a ésta. A semejanza de Fritz y Marga, medio siglo antes, la pareja y su hijo quedaron limitados a vivir en la *gleine Haus* del castillo. En aquel aislamiento eran en realidad muy felices, y como asegura un antiguo criado de Hügel, «aquellos fueron los únicos años en que vi sonreír a Alfried, y cuando estaba con frau Anneliese sonreía continuamente». Pero el amor no lo puede todo. Se hallaban en una situación imposible, y la presión desde la gran casa se hacía cada vez más fuerte, mientras que en la cerrada sociedad industrial del Ruhr no tenían a nadie a quien acudir en busca de ayuda. Circulaban bromas de mal gusto acerca del pasado de la nueva frau Von Bohlen. Esos antecedentes, sin embargo, eran muy respetables. El padre de Anneliese había sido capitán de caballería; la unión de ella con su primer marido fue breve, y no tuvieron descendencia. De haber sido aceptada en la colina, la hubiesen recibido en todas partes, pero careciendo de esa sanción, todos la rechazaron y llegó a criticarse su reputación. Su futuro parecía desesperanzador, y la herencia de Alfried se veía amenazada. Claramente se veía que esto significaba mucho para él, pues en una ocasión manifestó: «Creo que debo seguir la voluntad de mi bisabuelo, aunque ésta tenga un centenar de años.» *(Selbst wenn er jetzt schon hundert Jahre alt ist.)* No puede haber duda alguna de que Alfred hubiera querido que el hijo de su nieta dirigiese la Gusstahlfabrik, y por ello, al cabo de cuatro años, Alfried y Anneliese se dieron por vencidos. Después del divorcio, ella se trasladó al lago de Tegernsee, en Baviera, y crió allí al joven Arndt. El padre de éste, solo de nuevo y aislado en su *suite* tapizada de cuero, se encerró aún más en sí mismo. Sus ojos se hicieron más fríos, y sus modales más estudiadamente impersonales. A Tilo le pareció que adoptaba una actitud de «irónico sarcasmo», incluso hacia el nacionalsocialismo. El propio Alfried dijo: «Mi vida nunca ha dependido de mí, sino del curso de la historia» (18).

Su carrera y su futuro estaban ahora a punto de fusionarse. Comprendiéndolo así, Alfried se aplicó por entero a su trabajo. Aunque Gustav había tratado de emular al viejo Alfred, tenía la desventaja de ser un advenedizo. Con sus recién cumplidos treinta años, Alfried no sólo parecía ser el ídolo de la familia, sino que pensaba como tal. Hablaba desdeñosamente de la debilidad de las sociedades de accionistas, ponía de manifiesto la responsabilidad de los Kruppianer hacia sus empleos y al contemplar la lucha que se avecinaba en Europa, escribió con un vigor característico del Gran Alfred: «La única forma de detenernos es matándonos.» En el aspecto técnico y la competencia profesional, no tardó en superar a su padre, el cual sólo había recibido enseñanza diplomática. Alfried se educó en la tradición de la familia, y poco después, las recias iniciales AK aparecerían de nuevo en las notas y órdenes, y Alfried tenía la intención de ser digno de esas letras. Cierto día, un visitante, al observar desde una ventana el intenso tránsito de Altendorferstrasse, le preguntó: «¿Por qué tiene usted su oficina aquí, en la calle principal?» Sin levantar la vista, Alfried contestó: «Porque aquí estaba la oficina de mi bisabuelo» (19).

Al dirigir *die Firma* durante el tremendo conflicto que se avecinaba, Alfried poseía una ventaja de la que el primer AK había carecido. Cuando

Roon pidió a Alfred Krupp, en la primavera de 1866, que no entregase cañones a Austria sin el consentimiento del Gobierno del rey, lo más que Alfred pudo hacer fue asegurarle que Berlín sería puesto al corriente de cualquier envío que se hiciera a Austria. Con gusto habría cambiado Alfred todos sus pedidos de Viena por los planes de largo alcance del Kriegsministerium, pero Roon, Moltke, Podbielski e incluso Bismarck y Guillermo I, se hubieran sentido ultrajados ante la sugerencia de que debían compartir los secretos militares con un civil. Hitler, en cambio, no pensaba de ese modo; comprendió que su guerra era también la de Krupp, y que cuanto más supiera éste, más probables eran las perspectivas de victoria. Así, pues, las notas del Geheimer Kabinettsrat del Führer eran rápidamente comunicadas a Essen. Krupp respondió con presteza. El 12 de octubre de 1937, Max Ihn destinó un directivo llamado Sonnenberg para que se entrevistara regularmente con un capitán naval que representaba a la Sección de Inteligencia *(Abwehr)* del OKW *(Oberkommando der Wehrmacht,* el alto mando del ejército) para entregarle informes de los agentes de Krupp en el extranjero, recibiendo importantes comunicaciones, a cambio.

El 29 de diciembre de 1938, el OKW sugirió a través de Sonnenberg que podían formar una comisión conjunta para crear una agencia que «desintegrase la industria y el comercio del enemigo». En una palabra, se trataba de hacer sabotaje. Krupp no sólo accedió, sino que puso a disposición del plan los efectivos que tenía en el extranjero. En Estados Unidos, por ejemplo, los Kruppianer estuvieron operando en Wilmington desde 1920. A través de Otto Wiedfeldt, embajador de Weimar en Washington y antiguo director de Krupp, los empréstitos norteamericanos trataron de poner a Alemania de nuevo en pie, y fueron canalizados a la Krupp-Nirosta, compañía con licencia según las leyes de Delaware (*) (20).

No hay pruebas de que los Krupp dieran una apreciación trascendental a la advertencia de Blomberg del 24 de junio de 1937, en la que exhortaba a las fuerzas armadas a la «explotación militar de las favorables oportunidades políticas». Pero ello no resulta sorprendente; sólo había cuatro copias del documento, y en vista de los estrechos lazos que unían al OKW con el Vorstand, probablemente eso se sabía ya. Ciertamente, los dirigentes de la firma debieron haber tenido conocimiento del discurso de cuatro horas que el Führer dirigió a sus generales y almirantes aquel otoño en Wilhelmstrasse. Hitler les había reunido para tratar de las eventualidades de una guerra *(Kriegsfälle)*. De acuerdo con lo transcrito en taquigrafía por su joven ayudante, Oberst Friedrich Hossbanch, el Führer declaró que el problema de Alemania podía resolverse solamente por la fuerza, y que eso nunca sería sin peligro: «Si uno acepta como base de la siguiente exposición el recurso de la fuerza, con sus riesgos, las únicas preguntas que quedan por hacer son "cuándo" y "dónde".» *(Dann bleibt noch die Beantwortung der Fragen "wann" und "wie")* (21).

Se dio por seguro ahora un ataque de la nueva Wehrmacht, y en el discurso que siguió, Hossbach hizo notar que si el Führer «aún vivía», iba a ser su «inalterable decisión resolver el problema del espacio alemán *(die deutsche Raumfrage)*, al menos entre 1943 y 1945». Durante el año siguiente, Hitler adelantó la fecha, y Essen se dio cuenta de ello. El 18 de marzo de 1939, «Kanonen-Müller» comenzó a sostener entrevistas regulares con el Führer, informándole de los progresos de Alfried, y el 17 de mayo, una semana antes de que Hitler reuniese a los jefes nazis en

(*) En enero de 1940, el nombre fue reducido a Nirosta, y se hizo pasar como suizos a los propietarios, para disimular. Nirosta era un valioso engranaje en la maquinaria nazi americana, hasta el ataque de Pearl Harbor, cuando el FBI, que había estado observando esas actividades, decidió actuar, cerrando las oficinas.

la cancillería del Reich y les descubriera su intención de atacar a los polacos, Müller aconsejó al Konzern que retuviera todos los envíos de armas a Varsovia. En los archivos de posguerra de Alfried figuraba esta nota de una conversación telefónica: «Tema: Exportaciones a Polonia. Instrucciones para un futuro inmediato. Todas las exportaciones a Polonia deberán detenerse en seguida. Los contratos no serán cancelados. A los clientes polacos que exijan las entregas, se les pueden dar respuestas evasivas (como que el pedido no se ha completado, que faltan vagones de ferrocarril, etc.)» (22).

Era ésta una hábil manera de alejar toda sospecha, y Alfried no dudaba de que los recelos estaban justificados, en ese caso. Según manifestó más tarde en Nuremberg, había resultado «bastante claro para mí que la política alemana no era inocente, por lo que concernía al estallido de la guerra». Desdeñó la «declaración de propaganda» de Goebbels, en el sentido de que Alemania había sido la víctima indefensa de vecinos agresivos. En realidad, no podía afirmar otra cosa, ya que Alfried no sólo afiló la punta de la lanza que desgarró la frontera oriental del Reich, sino que en dos entrevistas celebradas en agosto, el Führer le dijo que el muro occidental debía estar preparado para repeler cualquier ofensiva francesa hacia el 25 de agosto. En el OKW la seguridad del *Waffenschmiede* de Essen era un asunto de gran importancia.

Más tarde, Franz Halder, al describir el Ruhr como «el factor más decisivo en la conducta alemana de la guerra», declaró que si los franceses hubieran tenido el valor de saltar de las amuralladas bóvedas de hormigón que André Maginot les construyera, y se hubieran apoderado del corazón del complejo de Krupp, mientras las tropas del Reich se hallaban atadas en el Vístula, en tal caso Hitler habría tenido que pedir la paz (*). El Führer conocía este peligro, y cuando se volvió hacia el Oeste, en su declaración manifestó que era necesario ganar «una zona protectora *(Vorfeld)* para el Ruhr» (23).

En Essen, la tensión llegaba a límites incapaces de imaginar. Nadie habló en Villa Hügel de ello; una invasión de Essen por el enemigo hubiera eclipsado los graves acontecimientos de 1923, y cuanto más aumentaba el temor, más orgullosamente recitaba Alfried las estadísticas de su producción artillera, y mayor era la ostentación de inmaculados uniformes que hacían sus cuatro hermanos. Claus aparecía vivaz y altivo con el azul de la Luftwaffe; los demás posaban sobre el césped de Villa Hügel en *feldgrau*. Estos tres últimos, como era de esperar, pertenecían al arma de artillería; Berthold, de veinticinco años, y Harald, de veintitrés, como *Oberleutnants*, y Eckbert, que acababa de cumplir los diecisiete, como *Leutnant*. Al verles fotografiarse ante la fachada del castillo, Gustav se atragantaba de la emoción. Sus ojos se humedecían con frecuencia en aquellos días, y en el consultorio del número nueve de Kirchmannstrasse, su médico personal, el doctor Gerhard Wiele, consideró el creciente sentimentalismo del anciano Krupp con evidente preocupación. El principal paciente de Wiele estaba dando muestras de la edad que tenía. Los oficiales aliados del contraespionaje, al controlar las emisiones de la DNB (Deutsches Nachrichtenbüro), la agencia oficial de noticias de Goebbels, no podían saber en qué condiciones estaba el viejo Krupp. En fecha tan tardía como era 1944, los locutores de la DNB informaron

(*) La angustia de Halder acerca del Ruhr resulta asombrosamente similar a la del joven Moltke, en 1914, que dio por resultado el desastroso debilitamiento del ala derecha alemana (ver Kuhl 174).

acerca de un discurso de Gustav a los estudiantes de la Universidad de Berlín, exaltando las virtudes marciales y los milagros hechos por el Führer, aunque tuvieron buen cuidado de callar esos locutores que el discurso fue leído por otra persona en lugar de Krupp, ya que éste no estaba en condiciones de pronunciarlo por sí mismo. Para entonces cualquier lego podía llegar a hacer el mismo diagnóstico que Wiele. El propio Goebbels lo había hecho así el año anterior, cuando en su diario anotó el 10 de abril de 1943: «El viejo Bohlen, ahora con setenta y dos años y medio está ya chocheando» (24).

No hay forma de hallar la historia clínica de Krupp de aquellos años. Su médico ha muerto; una bomba de la RAF destruyó los archivos clínicos del 9 de Kirchmannstrasse. Pero aunque la senilidad no puede describirse en esos archivos se manifiesta en pequeños detalles, en una visión borrosa, en frases pueriles que se presentan de improviso. El primero de estos incidentes fue provocado por la inminencia de la guerra. Mientras el marcial chasquido de los sables se limitaba a los mítines de Nuremberg y las audiencias con el Führer, Gustav estaba contento. Pero una cosa era prever las hostilidades para un incierto futuro, y otra distinta era mirar el calendario y comprender que estaban transcurriendo los últimos días de la paz. ¿Y si el Reich perdía la guerra? Ya había ocurrido una vez, y el pensamiento de otro 1918 resultaba insoportable. Gustav sintióse muy animado por la claudicación de Chamberlain en Munich. Aquello era *Kaiserwetter*, y escribió al anciano monarca, que residía en Doorn, para manifestárselo así. Añadía ya una nota sentimental a la misiva —pues Su Majestad cumpliría ochenta años el 27 de enero—, cuando Fritz von Bülow, ahora su secretario privado, entró en el despacho con una inquietante noticia procedente de Hjalmar Schacht.

Ante el asombro de todo el mundo, Hitler no se había sentido satisfecho, sino que estaba furioso con Chamberlain. «¡Ese *Kerl* —le oyó decir Schacht a sus guardaespaldas de las SS— me ha estropeado la entrada en Praga!» Y es que el Führer quería realmente la guerra. Estaba convencido de que sus tropas podían aplastar a Checoslovaquia en una semana. Gustav tenía otra opinión, ya que el antiguo equipo de Koch und Kienzle había expresado su mayor admiración profesional por las armas Skoda que usaban las treinta y cinco divisiones checas. Con desmayado acento, Krupp dijo tartamudeando a Bülow: «¡No..., no entiendo al Führer! Ha firmado un magnífico acuerdo. ¿Por qué se ha emperrado así?» (25).

El secretario se marchó lleno de desconcierto. Hitler siempre había sido mencionado en aquella oficina en términos reverentes. Acusarle de ser *nörglerisch* —ya que Gustav había empleado la forma vulgar—, era poco menos que un delito de lesa majestad. Se trataba de un inadmisible lapso, y en la primavera siguiente, Alfried pudo notar otro. La orden de suspender el envío de armas a Polonia causó alegría a los jóvenes Krupp, pero no a Gustav, que había perdido bastante de su antigua arrogancia. En un principio se convenció a sí mismo de que la amenaza no era más que un mito. Hitler debía de estar fantaseando un poco.

A comienzos de agosto, cuando los Kruppianer trabajaban afanosamente en la Línea Sigfrido, Gustav mandó llamar a Karl Fuss, entonces director del departamento de educación de la empresa, y le pidió ayuda para redactar una carta en inglés. Resultaba significativo que no llamase a Alfried, cuyo dominio de esa lengua era impecable; pero conocía su fidelidad hacia el Führer, y las intenciones de Gustav lindaban con la subversión. Hizo notar enigmáticamente que iba a dirigir un mensaje a «un destacado político británico» *(einem führenden englischen Politiker)*

al que una vez había conocido, y al que rogaba que le ayudara a evitar la guerra. Y murmuró, dirigiéndose a Fuss: «No sé si los caballeros de Berlín tienen idea de lo que significa enfrentarse con el Imperio británico.» Luego pidió a Fuss que redactara otra petición; ésta, manifestó, sería despachada a un hombre «de las altas esferas industriales de Estados Unidos» *(führend auf dem Gebiet der Industrie der Vereinigten Staaten)* (26).

Mientras tanto, durante el período en que se convenció a sí mismo de que el peligro no existía, Gustav dio a su cuñado un lamentable consejo. A comienzos del verano, el barón y su esposa hicieron las maletas para trasladarse a Oxford, donde proyectaban visitar a su hijo. Como lo hiciera Tilo antes que él, Kurt terminaba en Balliol sus estudios de política. Los Wilmowsky se disponían a celebrar el acontecimiento. Más tarde, Kurt tenía intenciones de salir en barco hacia Sudáfrica a pasar unas vacaciones. Pero su padre se hallaba preocupado. Desde la entrada de Hitler en Praga, el 15 de marzo, o como el Führer prefería decir, desde la «liquidación del superfluo Estado checo», la actitud británica se había endurecido. Cuando sir John Simon dirigió en los Comunes un cínico discurso en el que tildó como elegante el «espíritu de Munich», se encontró con una «ira raramente vista antes», según expresión de los periodistas. Al día siguiente, Chamberlain, en un parlamento difundido por radio desde Birmingham, pidió disculpas por lo de Munich y prometió enmendar su error. Acerca del abuso de Checoslovaquia, declaró retóricamente: «¿Es este el fin de una antigua aventura, o el comienzo de una nueva? ¿Es este el último ataque contra un pequeño Estado, o irá seguido de otros similares? ¿Es esto, en efecto, un paso destinado a tratar de dominar al mundo por la fuerza?» En tal caso, y si «herr Hitler» creía que Inglaterra «había perdido su valor hasta el punto de no poner en juego hasta lo último de su poder, para oponerse a tal desafío», en ese caso estaba cometiendo un error fatal. En Berlín sintiéronse divertidos. Wilhelmstrasse no podía creer que Arthur Neville Chamberlain hablara en serio. Y sin embargo, así era. Le habían engañado; estaba lleno de ira, y en la víspera del Día de los Inocentes (*), según observó Goebbels, sarcásticamente, el desacreditado héroe del anterior mes de setiembre asombró a la Cámara de los Comunes con una declaración unilateral garantizando las fronteras de Polonia. «Podría agregar —concluyó diciendo con voz aguda— que el Gobierno francés me ha autorizado a manifestar que sostiene el mismo punto de vista en este asunto.» (27).

Seis meses antes, mientras una multitud reunida ante el número 10 de Downing Street cantaba «Es un muchacho excelente», Chamberlain apareció en la ventana del segundo piso y les recordó el triunfo de Disraeli ante el congreso de Berlín de 1878. «Mis buenos amigos —declamó el muchacho excelente—, esta es la segunda vez en nuestra historia que se ha vuelto a Downing Street desde Alemania con una paz honorable. Creo que el nuestro es un tiempo de paz.» Y ahora, con las tropas apenas desmovilizadas, de nuevo se hablaba de una guerra general europea, y Bárbara y Tilo, a punto de cruzar el Canal de la Mancha para reunirse con su hijo, el cual esperaba pasar el resto de 1939 en un dominio del Imperio británico, se sintieron inquietos. No sabían qué decisión tomar, ya que ignoraban los proyectos del Führer. Pero Gustav sí los conocía; él y su hijo tenían acceso a los secretos de Estado que estaban vedados a otros miembros del Aufsichtsrat. Figuraban entre el puñado de privilegiados que poseían autorización para sostener amistosas discusiones con

(*) El primero de abril, en muchos países germánicos y sajones. (N. del T.)

Wilhelmstrasse en materia de política; de modo que el barón fue a pedir consejo a su pariente, que era también su amigo desde hacía treinta y tres años. Al mencionar la guerra, Gustav se mostró sumamente agitado. Según afirma Tilo, «contestó con gran excitación, lo recuerdo muy bien, que no había ni que hablar de guerra, porque semejante locura no podría ocurrir» (28).

Y esa locura se produjo tres meses después, escasamente. El primero de setiembre, cuando el tenue fulgor del amanecer apareció en un cielo plomizo y nublado, el monstruo metálico de Hitler rugió cruzando la frontera y enfiló directamente hacia Varsovia, dirigido, según escribió Günter Grass más tarde, en tono sarcástico en *The Tin Drum*, por «los tanques alemanes, corceles de las caballerizas de los Krupp von Bohlen und Halbach, palafrenes como no los había más nobles en todo el mundo». En Essen, más de dos mil de los mejores expertos en balística del Reich consultaban con Alfried. Sobre Krupp cayeron en aluvión 1.800.000 planos de cañones. Se escucharon los informes de la DNB sobre la ofensiva, con la esperanza de que los *poilus* permaneciesen en sus escondrijos, y que el Kruppstahl hiciera un buen trabajo en la frontera oriental. Así fue, en efecto. Ningún director de armas, en la historia de la firma, incluyendo a Wilhelm Gross, en 1870, pudo comparar sus realizaciones con las de Alfried-Kanonen-Müller en 1939. Las hazañas logradas resultaron asombrosas. Como era lógico, Goebbels no revelaba detalles por radio, pero las apreciaciones técnicas que llegaban al escritorio de Alfried no podían ser más halagüeñas. Los Panzer eran acreedores de un elogio muy especial. Un informe manifestaba que «el último tanque proyectado por Krupp, el tipo PzKw IV, había logrado una particular distinción durante la campaña de Polonia. El número de averías fue sorprendentemente bajo». Una nota del servicio interno de la empresa señalaba, por su parte, que «el hecho de que fabriquemos a la vez carros de asalto y cañones antitanques, es una ventaja para nosotros... y nos permite conocer tanto los tanques como la forma de combatirlos» (29).

Pero no había un arma determinada a la que pudiera achacarse el asombroso éxito de la blitzkrieg. Krupp había creado un arsenal casi perfecto, y un informe oficial indica, en resumen, lo ridículamente anticuados que resultaron los jinetes polacos: «La gran capacidad de ataque de la artillería alemana, la superioridad de los carros de asalto germanos, especialmente el tanque IV, sobre los del enemigo; la actuación del cañón antiaéreo de 8,8 cm, en apoyo de otras formaciones de ataque, así como en la defensa contra los ataques de tanques enemigos, el magnífico poderío de la Luftwaffe alemana, de los submarinos y del acorazado *Bismarck*, hablan claramente de la calidad de esas armas.» Un relato posterior describe cómo «las líneas de montaje de Krupp, en su centenar de fábricas, producían cañones de todos los calibres —cañones antiaéreos, antitanques y pesados cañones navales—, además de tanques, submarinos y otros buques de guerra y piezas de aviones; y por fin, pero no en último lugar, el acero, que usaban otros fabricantes de municiones» *(den anderen Waffenfabriken)* (30).

Al escribir su informe anual sobre el ejercicio de la firma, el día 1 de octubre de 1939, tres días después del banquete del Kremlin, en el que Ribbentropp y Stalin se repartieron Polonia, Alfried se hallaba en el ápice de su entusiasmo:

> «Nos produce un gran orgullo el hecho [*Wir sind sehr stolz auf die Tatsache*] de que nuestros productos hayan respondido bien durante la guerra, y que se hayan cumplido nuestros deseos de hacer todo lo posible para mantener la calidad técnica de la artillería ale-

mana, desempeñando de este modo una misión para reducir las bajas de la Wehrmacht [*dadurch unseren Beitrag zur Verminderung der Wehrmachtsverluste zu leisten*].»

Los beneficios de aquel año fiscal, anunció Alfried, eran de 12.059.000 marcos. Como los productos habían resultado de la mejor calidad posible, otro año espléndido se avecinaba, y anticipándose a ello, Alfried concedió una paga extraordinaria de Navidad para todos los Kruppianer (31).

Eso no valió de nada a su primo Kurt. Después del brindis final en Balliol, y de una merienda con sus padres, el joven Wilmowsky salió en barco en dirección a Ciudad del Cabo, y estaba acampado en una estepa cuando se enteró de que se había declarado la guerra entre su país anfitrión y Alemania. Se hallaba al margen del conflicto, y pudo haber permanecido así, pero los teutones de su generación lo hubieran considerado como un deshonor, y Kurt, como Claus y como Hans Adenauer, sobrino del futuro canciller, iba a unirse a ese grupo de alemanes de Balliol que hicieron el supremo sacrificio por el Reich. En Ciudad del Cabo trató de regresar a Alemania enrolándose en un mercante como simple marinero, pero fue localizado y enviado a un campo de prisioneros de Inglaterra, donde distraía a sus guardianes tocando a Bach al piano todas las noches. Los vigilantes le vieron marchar con pena, pero Gran Bretaña decidió trasladar los prisioneros enemigos al Canadá. Por consiguiente, le volvieron a embarcar, y ahora fue por última vez. En Schloss Marienthal, Tilo y Bárbara recibieron la noticia, a través de Suiza, de que su hijo había muerto ahogado. Los amargos detalles llegaron después. En pleno Atlántico, el barco fue hundido... por un submarino de Krupp, que disparó torpedos de *die Firma* (32).

Durante los dos primeros años de la guerra, el número de víctimas ocasionadas por el empresa Krupp se multiplicó en progresión geométrica. Culpar de todo el horror de aquellos meses al sombrío edificio del Hauptverwaltungsgebäude hubiera sido, desde luego, absurdo. A pesar de todo, la firma se había convertido en bastante más que una fábrica de armas. En un hecho sin precedentes en la historia de la industria, una corporación se había transformado en parte integral de un aparato bélico. En política exterior, la concordancia era perfecta. Menos de un mes después de que Claus tuvo el honor de dar su vida por el Führer, y dos meses antes de la invasión de Dinamarca, el agente en Copenhague de Krupp estaba enviando al OKW informes en clave sobre las fábricas danesas de armas (33).

Se estaba trabajando bajo una intensa presión. Las órdenes formales de Hitler para la conquista de los países escandinavos *(Weserübung)* no fueron dadas hasta tres semanas más tarde, y cuando la flota salió hacia el Norte, a las 5,15 de la madrugada del 9 de abril de 1940, el representante de Krupp en Noruega mostróse totalmente asombrado ante el hecho. Quince millas al sur de Oslo, donde el fiordo de la capital, de cincuenta millas de largo, se estrecha perceptiblemente, se hallaba la casi centenaria fortaleza de Oscarborg.

El agente de Essen en Oslo había recibido la orden de mandar al OKW detallada información acerca de los puntos mejor defendidos, pero en su apresuramiento, el hombre pasó por alto el hecho de que Oscarborg se hallaba armado con el antiguo cañón de 28 cm de Krupp. A pesar de su edad provecta, las piezas se hallaban en excelentes condiciones, y mediante un mortífero bombardeo, averiaron a un crucero pesado alemán, el *Lützow*, y hundieron a otro, el *Blücher*, con una pérdida de 1.600 ma-

rinos y de varios oficiales de la Gestapo, que viajaban con el fin de proclamar a Vidkun Quisling dictador de Noruega. Oskar Kummetz, el almirante al mando de la escuadra, se vio obligado a llegar nadando a la costa. El resto de sus barcos tuvieron que retroceder por un plazo de veinticuatro horas. Wilhelmstrasse sintióse ultrajada por aquella derrota, y Altendorferstrasse, creyéndose en parte responsable del asunto, mostróse humillada. Cuarenta años antes, los Boxer habían hecho lo mismo con los fuertes de Taku, en China. El kaiser volcó su ira sobre Fritz Krupp, en aquella ocasión, y el temperamento del nuevo gobernante era aún más colérico. No había forma de saber cómo iba a reaccionar. En realidad, Hitler no hizo nada, pues tenía más comprensión acerca del negocio de las armas que cualquiera de sus predecesores. Incluso cuando se enteró de que la mayor venta de la firma al extranjero, antes de romper las hostilidades con Polonia, había sido un acorazado que se entregó a la Unión Soviética, Hitler se mostró paciente. Después de todo, observó con tolerancia, no siempre era posible predecir quiénes serían los enemigos del mañana, y, por el momento, Rusia figuraba como un aliado (34).

La actuación de Krupp en los Países Bajos fue mucho mejor. Allí los enemigos se identificaron rápidamente. A las once de la mañana del 10 de octubre de 1939, Hitler había lanzado su Orden de Guerra número 6, exhortando a los preparativos «para una operación de ataque... por las zonas de Luxemburgo, Bélgica y Holanda». Seis días más tarde, Alfried recibió una misiva de Holanda preguntándole por un pedido de obuses y cañones antiaéreos que le habían hecho. La carta fue archivada con la nota al margen: «No debe ser contestada.» Eso fue un error. Como la conquista de Dinamarca y Noruega demoró el avance hacia el Oeste, Amsterdam reaccionó con aspereza. El 16 de marzo de 1940, uno de los ayudantes de Alfried le envió una clara apreciación del problema, asegurando que los holandeses «desconfían mucho de nosotros, y más aún desde que los oficiales de Holanda que debían ir a Essen a inspeccionar las piezas para los obuses de campaña de 10,5 cm, y que solicitaron visados para entrar en Alemania, no han recibido esos visados hasta el momento, a pesar de que a ciudadanos holandeses corrientes se les proporcionó tal requisito sin ningún inconveniente». Y a continuación añadía: «Los holandeses no deben enterarse de esto, en modo alguno.» Las disculpas y pretextos continuaron durante ocho semanas más. Luego, la concesión de visados no tuvo ningún objeto, ya que desaparecieron las fronteras al quedar Holanda incorporada al Reich (35).

El mismo asunto se repitió en los Balcanes. A comienzos del año siguiente, el Hauptverwaltungsgebäude fue informado del inminente ataque de la Wehrmacht a Grecia y Yugoslavia, y decidida a no repetir el desliz de Oscarborg, envió al OKW una lista de todos los cañones Krupp entregados a Belgrado y a Atenas, algunos de ellos incluso de la época de Alfred. Yugoslavia tenía especial interés para el joven Kanonenkönig debido a sus inestimables yacimientos de mineral de cromo, el cual era indispensable para producir acero de cañones de excelente calidad. Las importaciones del exterior de Europa quedaron suprimidas en el otoño de 1939, y ya en la primavera siguiente, Alfried había puesto su codiciosa mirada en las minas de los Balcanes. Ese mes de mayo, un experto geólogo de Krupp, llamado George Ufer, fue informado de que, en adelante, serviría a tres patronos: el Konzern, los talleres Hermann Goering y el Führer. Como director de una empresa fantoche, Ufer cruzó la frontera y comenzó a realizar prospecciones geológicas en Yugoslavia, informando de sus hallazgos directamente al cónsul del Reich que tenía más cerca (36).

En ese verano, la invasión de Rusia señaló el fin de la primera fase de la guerra. El 3 de setiembre, la lista de bajas señaló que el cabo Hanno Raitz von Frenz había «*in der Schlacht gefallen*» muerto en acción (37). Irmgard se vistió de luto. La muerte de Claus ya no podía considerarse como una tragedia aislada. La victoria, según parecía, iba a tardar algo más de lo que todos esperaban. Ya algunos de los miembros del Vorstand comenzaban a recordar con nostalgia el primer año de la guerra, en que todo había marchado perfectamente, cuando los temores de Gustav parecieron infundados, y hasta él mismo llegó a olvidar que los había tenido alguna vez.

En sus horas triunfales, el régimen no había olvidado a su armero. Tres de los nazis más eminentes del Reich, Rudolf Hess, Fritz Todt y el propio Hitler, rindieron tributo a los esfuerzos de guerra de la Gusstahlfabrik, a su rearme secreto antes de 1933, y al propio Gustav. Hess fue el primero en llegar. A las once de la mañana del día 1 de mayo de 1940 apareció en el Salón Hindenburg con una inmensa bandera, el «pendón dorado» nazi, y nombró a la firma «empresa modelo nacionalsocialista». Robert Ley se hallaba junto a Hess, y Alfried al lado de su padre. La revista *Krupp*, del 15 de mayo, describió orgullosamente la escena:

> «Después del toque de atención de Essen, nuestra diestra banda de instrumentos de viento [sic], bajo la batuta del director Schnitzler, ejecuta la *Musik zum Frankenburger Würfelspiel*, de Paul Hoffner, una composición única, especialmente adecuada a la oportunidad, debido a su carácter solemne. A continuación, Amtsleiter Schröder... lee los nombres de las fábricas que han sido recompensadas. El nombre de Krupp las encabeza a todas. Los compañeros trabajadores que tuvieron el privilegio de compartir ese premio debieron de sentir que el corazón les latía más rápido a causa del orgullo y la alegría del momento.
>
> La vibrante arenga de Rudolf Hess, el delegado del Führer, ya es conocida por nuestros colegas a través de la Prensa diaria. Se caracterizó por una muy oportuna nota política, estableciendo un ajuste de cuentas final con el mundo judeo-plutocrático-democrático.» (38).

Cuando se hubieron extinguido los ecos de los *Sieg Heil*, se le ocurrió a Gustav que él mismo había dado algunos pasos para este ajuste de cuentas a la democracia judeoplutocrática, cuando Rudolf Hess aún era un estudiante de economía en Munich, que distraía sus ocios distribuyendo panfletos antisemitas. El viejo Krupp aún tenía momentos de lucidez, y en uno de ellos decidió que era hora de que el Reich comenzara a pagarle aquellos años que así había invertido. Pidió a Todt que fuera a la Gusstahlfabrik. Según la nota de Alfried del 25 de julio de 1940, su padre «hizo una impresionante relación de las actividades de Krupp a partir de 1918», relatando «cómo en aquella época había tratado extensamente con el canciller del Reich [Wirth] el asunto de si en la transformación de las fábricas debía tenerse en cuenta cualquier futura restauración del poderío militar alemán, a pesar de que los artículos del Tratado de Versalles prohibían a Krupp producir material de guerra, excepto en cantidades insignificantes». Consideraba Gustav que se le debía una atención. Todt asintió calurosamente, y «aseguró a la firma de Krupp que el presente Gobierno no lo olvidaría» (39).

Dos semanas después, Gustav celebró sus setenta años. Esta vez no estaba tan lúcido. Se mostró como abrumado, en parte por la grandiosidad de los homenajes. La noche anterior se había enterado de que Hitler

pensaba presentarse en Essen, como lo hiciera antiguamente el kaiser, luciendo cintas de colores y relucientes medallas. Como siempre, el gran coche de Krupp llegó al Hauptverwaltungsgebäude a las nueve de la mañana, pero en esa ocasión, Bertha se sentaba junto a Gustav. Alfrield, Irmgard y Waldtraut iban detrás, en un automóvil más pequeño. Todos aguardaron en el gran vestíbulo de mármol, rodeados de directores y altos empleados, hasta que el Führer entró en el edificio. Después de abrazar a Alfried, Hitler anunció: «En nombre del pueblo alemán, concedo a su excelencia el doctor Gustav Krupp von Bohlen und Halbach, el Escudo del Aguila del Reich alemán, con la inscripción "Führer germano de Economía".» Aquel *Adlerschild des deutschen Reichs,* decretó, sería colocado en el centro del ala norte del edificio de la administración, durante el resto del Reich del Milenio. Además, confirió a Krupp el título de Pionero del Trabajo *(Pionier der Arbeit),* y la Cruz al Mérito de Guerra *(Kriegsverdienstkreuz).* Esta condecoración se otorgaba en dos grados: sencilla y de comandante. Hitler concedió a Gustav ambos grados. De pie junto a su dorado estandarte, luciendo la Insignia de Oro del partido, y glorificado por su nuevo e ilustre título, el septuagenario príncipe consorte casi presentaba una figura tan imponente como la de Goering (40).

El Führer se hizo a un lado, su añoso armero avanzó mecánicamente hasta el estrado, y habló brevemente. Un colega industrial que no le había visto desde la anterior visita de Hess, quedó asombrado por su evidente envejecimiento. Vio a «un hombre de pelo blanco como la nieve, que se mantenía más tieso que en el pasado, con rasgos inexpresivos, de máscara, gestos estrictamente disciplinados, y todo el cuerpo rígido» *(maskenhaft starren Gesichts, unfrei in jeder Bewegung, verkrampft).* A continuación, en su despacho, Gustav dijo a su secretario que no lo entendía. No alcanzaba a comprender lo que había hecho él para merecer esos homenajes. Después de todo, se había limitado a seguir el camino del deber *(seine Pflicht getan)* (41).